TEATRO EN CONTRADICCIÓN

Alcaldía Mayor de Bogotá

Enrique Peñalosa Londoño
Alcalde Mayor de Bogotá

Secretaría de Cultura, Recreación y Deporte

María Claudia López Sorzano
Secretaría de Cultura, Recreación y Deporte

Instituto Distrital de las Artes-Idartes

Juliana Restrepo Tirado
Directora General

Jaime Cerón Silva
Subdirector de las Artes

Lina María Gaviria Hurtado
Subdirectora de Equipamientos Culturales

Ana Catalina Orozco Peláez
Subdirectora de Formación Artística

Liliana Valencia Mejía
Subdirectora Administrativa y Financiera

Gerencia de Arte Dramático

Nathalia Contreras Álvarez
Gerente de Arte Dramático

Eva Lucía Díaz Burckhardt
Liliana Chicuazuque Segura
Vanessa Reinoso Charry
Patricia Rivas Rodríguez
Elizabeth Perdomo Leyton
Javier Mayor Forero
Yodbana Muñoz Mondragón
Equipo misional y administrativo
Gerencia de Arte Dramático

María Barbarita Gómez Rincón
Coordinación editorial y edición

Carolina Salazar Mora
Corrección de estilo

Mónica Loaiza Reina
Diseño

Ángel David Reyes Durán
Diagramación

Unión Temporal Idartes 2018
Impresión

© Instituto Distrital de las Artes-Idartes
© Erik Leyton Arias
© Matías Maldonado Loboguerrero
© Carlos Moisés Ballesteros Paipilla
Diciembre de 2018
ISBN (impreso): 978-958-5487-40-6
ISBN (pdf): 978-958-5487-41-3

Carrera 8 # 15-46
Bogotá, D.C., Colombia
(57-1) 379 5750
contactenos@idartes.gov.co / www.idartes.gov.co

TEATRO EN ESTUDIO / SELECCIÓN DE DRAMATURGIA 2017

TEATRO EN CONTRADICCIÓN

Erik Leyton Arias
Matías Maldonado Loboguerrero
Carlos Moisés Ballesteros Paipilla

CONTENIDO

9

Juliana Restrepo Tirado
Presentación

Erik Leyton Arias
Primer puesto
La niña de papá

12

70

Matías Maldonado Loboguerrero
Segundo puesto
Técnica mixta

Carlos Moisés Ballesteros Paipilla
Tercer puesto
Un ocaso frente al río

150

PRESENTACIÓN

El Programa Distrital de Estímulos, que lidera la Secretaría Distrital de Cultura, Recreación y Deporte (SCRD) junto con sus entidades adscritas, es la estrategia más destacada para el fomento a las prácticas artísticas y de mayor impacto en Bogotá. A través de este programa se fortalecen los procesos, los proyectos y las iniciativas desarrolladas por los agentes culturales, artísticos y patrimoniales, y se promueve así el acceso democrático a los recursos públicos mediante convocatorias abiertas a toda la ciudadanía.

El Premio de Dramaturgia Teatro en Estudio es un estímulo que otorga anualmente el Instituto Distrital de las Artes (Idartes), como parte del portafolio de convocatorias de la Gerencia de Arte Dramático, que busca resaltar y difundir las mejores creaciones dramatúrgicas de los autores bogotanos. La presente publicación contiene los textos premiados en este concurso en el año 2017: *La niña de papá,* primer puesto, otorgado a Erik Leyton Arias; *Técnica mixta*, segundo puesto, otorgado a Matías Maldonado Loboguerrero, y *Un ocaso frente al río,* tercer puesto, otorgado a Carlos Moisés Ballesteros Paipilla.

Para el Instituto Distrital de las Artes es un gusto ofrecerle al lector estas tres obras, en las cuales se contraponen temas que reflejan la complejidad de la naturaleza humana: la ética sobre los intereses individuales o colectivos, el rencor sobre el perdón, el valor de la vida y la integridad sobre las consecuencias de la guerra, o la realidad sobre la imaginación, y posibilitan múltiples miradas que permiten recrear las propias emociones a través de los ojos de los personajes.

Juliana Restrepo Tirado
Directora General
Idartes

ERIK LEYTON ARIAS

PRIMER PUESTO

Dramaturgo, guionista, libretista, realizador de cine y televisión, profesor universitario y analista y asesor de proyectos de teatro, cine y televisión.
Autor de varios textos dramáticos que han sido montados por grupos de teatro de Colombia, México, Argentina y España. Sus obras han sido reconocidas con varios premios nacionales e internacionales, entre los que se destacan el Premio Distrital de Dramaturgia de Bogotá, Teatro en Movimiento, organizado por Idartes (obtenido en dos ocasiones), y el Premio Marqués de Bradomín, versión 2004, del Instituto de la Juventud del Ministerio de Asuntos Sociales de España.

LA NIÑA DE PAPÁ

PERSONAJES

Lara, la hija

Dina, madre de Lara

Floro, padre de Lara

Ígor, novio de Lara

Ciro, amigo de la familia

¿Qué quieren esas nubes que con furor se agrupan
del aire transparente por la región azul?
¿Qué quieren cuando el paso de su vacío ocupan
del cénit suspendiendo su tenebroso tul?

¿Qué brazo les impele? ¿Qué espíritu les guía?
¿Quién habla dentro de ellas con tan gigante voz,
cuando retumba el trueno y cuando va bravía
rugiendo por su vientre la tempestad veloz?

José Zorrilla, *La tempestad*

UNO

Oscuridad sin ruidos. Solo los brazos de Lara luchando por salir a la superficie.

Lara

Nado.
…
Trato de nadar.
Hacia arriba.
Trato.
…
El agua pesa.
El aire se acaba.
Me duelen los brazos.

Me duelen mucho los brazos.
Trato de salir.
Lucho.
Abro la boca en un esfuerzo inútil.
Como si gritara.
Un rayito de luz me toca la cara.
Trato de subir hacia la luz.
Trato de subir, lo juro.
Y no puedo.
…
Algo me atrapa los pies.
Y me hala hacia abajo.
…
Papá.
Por favor.
Trato de salir.
Trato de respirar.
Papá.
Mamá.
Se me acaba el aire.
Me desespero.
Abro la boca muy abierta.
Muy abierta.
Lanzo un grito que se ahoga en el agua.
Nadie me escucha.
Nadie me ayuda.
Es de noche.
El horror.

El aire se acaba en los pulmones.
Trato de subir y no puedo.
El aire se acaba en el cerebro.
Papá.
El horror, papá.
Por Dios, papá.
El cerebro se aturde.
Mis brazos me duelen.
Me duelen muchísimo.
Las cicatrices.
Me duelen las cicatrices de los brazos como si volvieran a abrirse.
Eso es.
Todas las noches, papá.
Esa es la pesadilla de todas las noches, papá.

(*Una luz muy intensa y blanca llena todo el espacio*.)

DOS

Los ojos cerrados de Lara. Solo los ojos. Grandes, ocupándolo todo. El rumor de un reggae *clásico se escucha a lo lejos, apenas audible. Y el viento temperamental. Poco a poco la imagen de los ojos de Lara se agranda hasta que vemos su rostro completo. Los ojos se abren. Lara no tiene expresión ninguna en ellos. Tampoco en su boca. Por unos segundos no pasa nada. Luego, el viento se va llevando su imagen hasta que no queda nada.*

Lara

Tuve que caminar mucho para encontrarla, papá, toda la mañana, no era por donde me indicaste. Ya te dije varias veces que eres un inútil para indicar direcciones. Pero al final valió la pena. Una playa absolutamente blanca, con su dosis de palmeras cargadas de cocos, su mar de siete colores exactos, su brisa y su sombra natural. Y, sobre todo, vacía. Ni un cristiano por los alrededores para dañarme el momento. Es perfecta, como dijiste. Entonces hice lo que te juré que iba a hacer, extendí el pareo en la playa, me quedé en pelota y cerré los ojos. Me dejé llevar por esta bella ilusión de un país tranquilo.

TRES

Postal turística. El sol caribe. Al fondo una nube gris amenazadora. Arcoíris.

Lara

Y disfruté del sol.

Y disfruté del viento.

Y disfruté de la sal en los labios.

Y disfruté del calor abrazante.

Uno de esos momentos por los que vale la pena vivir, papá.

Quince minutos por delante y quince minutos por detrás, como me aconsejaste. Estoy más negra que la nariz de un perro, te va a encantar el color que cogí. Ya casi se me borran las marcas horribles del bikini, por fin las tetas del mismo color de las piernas.

No te preocupes, me embadurné de bloqueador solar de arriba abajo y me puse los cubrepezones, tranquilo. Tampoco volvieron a aparecer las cicatrices en los brazos. Apenas si se notan. Como si nunca hubieran estado ahí, como si nada hubiera pasado.

Todo iba perfecto hasta que apareció una lancha. No me di cuenta hasta que casi estaba en la playa. El horror. Apenas tuve tiempo de taparme con el pareo. Un costeño de estos con la camiseta roída, flaco, desmuelado, mugroso, con las patas peladas metidas en unas chanclas horrorosas. *Me asustó*, lo regañé. El tipo no dijo nada pero se seguía acercando. Yo ya estaba maldiciendo por haber dejado el celular en el hotel. No lo vuelvo a hacer nunca. "*No se acerque más*", le grité, y el tipo se detuvo, pero siguió sin decir nada. "*¿Qué es lo que quiere?*", le pregunté, y ahí sí habló, pero no te vas a creer lo que me dijo:

"*Con perdón, señorita, pero tenía que averiguar si usted era o no era una sirena. Mi padre decía que a veces aparecen por este lugar. Pero ahora veo que no es. Llevo años recogiendo cangrejos en esta playa y jamás había visto una mujer más hermosa, con un cuerpo más luminoso y una figura más angelical que la suya. Con razón el sol se detuvo en el horizonte solo para verla*".

(*Pausa. Solo el rumor del mar.*)

Lara

¡¿Ah?! ¡¿Puedes creerlo?! ¡Semejante atrevimiento! Vulgar, asqueroso, cómo se le ocurre asustarme de esa manera, con qué permiso se acerca a decirme semejante cantidad de sandeces, ridículo, estúpido, lárguese, le dije hasta de qué se iba a morir.

"*Perdón, perdón, no quería molestarla*", me decía. ¡Cochino! ¿Y sabes qué es lo peor, lo peor de todo? ¡El tipo se agachó y me regaló una flor! ¡¿Ah?! ¡Una flor! Me ofreció un chamizo descolorido y enclenque con unas manos horribles, papá, grandes, ásperas, con callos, con heridas, manos negras, manos asquerosas. No le recibí nada, por supuesto. "*Lárguese*", le dije, "*déjeme en paz*", le dije. Afortunadamente el tipo no dijo más y se regresó caminando hasta su bote. Me hervía la sangre, papá, maldita sea, uno paga bien caro por venir a esta playa perdida y le toca aguantarse acosos como estos. Quería mirarme, seguro, morbosearme, si no me hubiera dado cuenta rápido, hasta me hubiera manoseado. Porque no tenía el celular, o si no le tomaba una foto y me iba corriendo a la policía. Maldito. Asqueroso. Atrevido. Me sentí como si… como si…

Me dañó el resto del día. Agarré mis cosas y me fui de la playa. Gente asquerosa hay por aquí. Gente cochina. Salvajes. Incivilizados.

Luego pasó algo extraño, papá. Mientras regresaba a la carretera todo se oscureció de pronto. Faltaba bastante para que llegara la noche y un manto azuloso cubrió el cielo completamente. No eran nubes, era más como un mantel azuloso que obstruía el firmamento. Agua que venía quién sabe de dónde. Lloverá. Habrá tormenta. Ya llovizna. Unas gotas gordas. Espaciosas, pero gordas. Te pegan en el brazo y duele un poquito.

Regresé al hotel y ahí estaba Ígor. Ese es otro. Ígor con cara de cólico. Ígor con sus tres pelos en la cara. Ígor con los ojos rojos de la rabia. Ígor bebiendo. Un muchachito apenas y ya con la actitud de un marido fastidioso. Hasta don Ciro está

muy extrañado. Sí, papá, nos encontramos con don Ciro en el hotel. Una casualidad. Se ha portado muy bien con nosotros, te recuerda mucho, habla mucho de ti. Dice que hace muchos años le diste la mano cuando él lo necesitaba, y que ahora que has llegado tan lejos en el Congreso, te admira. Se la pasa solo, como un niño abandonado, caminando por la playa, qué pesar. Se ve que la esposa le hace mucha falta. También se ve un poco ridículo hablando solo, no te lo voy a negar. ¿Cómo se llamaba la esposa? Nos invitó a cenar pasado mañana. Dice que hay un sitio en la isla donde los langostinos a la brasa son tan grandes como brazos de bebé. Ha sido una suerte encontrarlo.

Bueno, pues eso, que don Ciro me hacía caras desde el otro lado de la piscina. Caían goterones. Goterones bien gordos. Me tropecé y caí. El bolso con las cosas de playa cayó en un charquito. Ígor me miró, se tomó el último trago, se levantó y se fue. No fue capaz de alcanzarme una toalla...

Tan ridículo.

No ha aparecido hasta ahora.

Ojalá que no venga. Terminaré con él cuando regresemos…

O la próxima vez que lo vea…

Ya llueve cerrado.

Parece que el cielo está enojado. Grita. Brama. Ruge.

Ojalá que el pescador ese que me acosó se ahogue en este aguacero.

Y que no lo encuentren nunca.

Ígor es un estúpido.

No, será mejor terminar con él después del viaje. Aquí, de pronto…

No se escucha nada más que la lluvia.
Ha sido demasiado tiempo con él. Mucho. Innecesario.
Mamá tiene razón…

CUATRO

Sala repleta de cosas inútiles. Las nubes pasan con mucha lentitud por la ventana.

Dina

¡Ay, nenita, ay, menos mal que no estás aquí, menos mal, te hubieras desmayado, te hubieras puesto mal, estarías llorando en tu habitación, Lara, hijita, ay, Dios mío bendito, qué desgracia…! ¿Qué? No, nenita, tendrías que haberlo visto, verde, verde, muy verde, entre verde y morado, como violeta, como las violetas del jardín, violeta, violeta, impresionante, los ojos impresionantes, como si se le fueran a salir, me miraba sin soltarse de la llave del lavamanos, nenita, sin soltarse, lo más impresionante, sin soltarse me miraba, de color violeta el rostro, el cuello, los brazos, la mano, nenita, verde, como un aguacate, y yo con ganas de morirme, nenita, de morirme, de la impresión, de la impotencia, nunca había tenido tantas ganas de morirme, de verdad, tú sabes que yo para esas cosas… ¿Qué? Ah, sí, entonces le pregunté: "*¿qué sientes, qué sientes?*", le pregunté, nenita, y él solo me miraba agarrado del grifo, y de pronto, ¡juaz!, otra vez a trasbocar, nenita, a botar todo lo que se había comido en el día, el desayunito que Rubiela le hizo tan temprano, el almuerzo que Rubiela se mató

cocinándole, mamita, no hay derecho, las medias nueves que Rubiela le hizo con tanto cuidado, carajo, todo ahí, botándolo, por el sifón los huevitos, por la tubería el sancocho de costilla, el pandebono con aguadepanela, carajo, como si no hubiera costado plata, y de plata no hablemos, nenita, no hablemos, que ese es el problema más grande, nenita, ese es el verdadero problema de tu papá, y luego deja de vomitar y me mira, con la boca untada de una cosa amarilla, como mostaza, y Rubiela no le había echado mostaza a nada, nenita, tú sabes que Rubiela prepara todo lo de comer pensando siempre en… ¿Qué? Ah, sí, me miró todo untado y me dijo que ya, que ya, que ya se sentía bien, y respiró profundo, nenita, profundo, y yo pensé que no estaba bien, que una persona con ese color como verde, como violeta, como azul, no podía estar bien, eso no puede ser normal, yo nunca había visto a tu papá en un estado tan deplorable, nenita, yo estaba pegada del techo, Lara, hijita, muy asustada, y tú sabes, nenita, que yo no me asusto fácilmente, mamita, yo nunca, hasta en las peores épocas, ¿te acuerdas?, cuando la casa estaba… ¿Qué? Ah, sí, y entonces le pregunté qué le pasaba y entonces me lo dijo, nenita, me lo dijo, y yo casi me muero cuando me lo dijo, mamita, yo casi me muero, una cosa horrible me dio, se me puso la cabeza fría, y las manos, y las rodillas, nenita, una cosa muy fea, porque nunca me había dicho una cosa así, nunca, en todo este reguero de años jamás me había dicho una cosa tan horrible como esa, y fíjate que le he escuchado cosas horribles, ¡uy!, si le habré escuchado cosas horribles a ese hombre, nenita… ¿Qué? ¿Qué cosa? ¿Qué me dices? Nenita, no te escucho, nenita… Muévete para algún lado que solo oigo… ¿Está lloviendo? Nena, nenita,

por Dios, la cosa está muy mal por aquí… ¿Nena? ¿Me escuchas, hija? Es tu papá, se puso malo otra vez, se metió en un problema muy grande. ¡Pero, Dios mío, ¿escuchaste algo de lo que te dije?!

Nena, ¿estás ahí?

Nenita…

¡Nena!

¡No te habrás desmayado también, ¿no?!

CINCO

Habitación de hotel. Paredes lánguidas. Muebles de bambú. Una luz azulosa entra por la ventana.

Lara

Sí, señor, el indicativo es 1, es 1, el de la capital…

Perdón, no le escuché… Sí, tengo calor, mucho más que ayer. Y que antier.

Sí, bueno, la temperatura puede ser la misma, la del problema de termostato debo ser yo… ¿Ya se pudo comunicar, don Ciro?

Sí, claro, es el teléfono correcto, es el de mi casa, el de toda la vida, lo marco desde todas partes y siempre me contestan, no soy idiota, ¿qué puede ser?, ¿qué podrá estar pasando?

¡Usted qué cree! ¡Claro que es urgente, muy urgente! Usted cree que yo estaría aquí parada en la puerta de su habitación a estas horas pidiéndole que…

¡YA! ¡Venga, venga, páseme el aparato!

Sí, está timbrando, está timbrando…

¡Uy!

Se quedó mudo. Mudo de pronto. Mudo…

…

No, no, no, aquí estoy bien, don Ciro, no quiero molest…

Estoy bien, en serio, estoy bien…

¡Estoy bien!

Bueno, un rato solamente, mientras hacemos la llamada, es urgente.

¿Ciri…?

¿Cómo?

¿Cirilo? No, yo no le puedo decir así, don Ciro, usted perdone, quizá después, pero ahora… Estoy nerviosa… nerviosa… se me pasa en un momento… tengo que respirar nada más… nada más… Es que mi madre me llamó a la habitación… sí, mi mamá, sí, y me dijo que mi papá… no sé, no sé muy bien qué me dijo, don Ciro… pueden ser diez mil cosas distintas, pero sé que mi papá… algo le pasa a mi papá, algo grav...

¡Dios…!

No, no, no, no puedo tomar alcohol, nada de alcohol, con estos nervios me caería fatal al estómago, me pondría de colores, horrible, solo agua, gracias, solo agua.

¿Es agua nada más? ¿Seguro, don Ciro? Bueno, bueno, me tomo el vaso de agua, gracias…

Es el número correcto, lo he marcado un millón de…

¿Nada? ¿Qué le dice la operadora? ¿No hay operadora?

Venga.

Nada, como muerto, como si no hubiera nada en el teléfono, muerto, muerto… ¡Ay, Dios mío, mi papá no puede estar muer…!

¡Claro que se me ocurre, cómo no se me va a ocurrir, usted no escuchó a mi mamá, no la escuchó, ella no alcanzó a decirme nada, pero algo dijo, sí, algo dijo de mi papá, que cambiaba de colores, que vomitaba, y vomitar no es bueno, ¿o sí, don Ciro?, no, no es bueno, y se cortó la comunicación, debe ser el aguacero, esta maldita manera de llover, y el viento, ¿usted había visto ventarrones como estos?, nos vamos a quedar incomunicados, incomunicados, Dios mío!

…

Sí, ya puedo respirar, don Ciro, ya puedo resp…

Disculpe mi comportamiento, don Ciro, pero es que estoy desesp…

Sentada no más, don Ciro, no más, gracias…

¿Quién? Ah… Ígor, se llama Ígor. Estudiaba conmigo en el colegio. Dos años. Viajamos a Europa juntos. Y a Japón. Pues sí, algo así, se puede decir que novios, aunque, a veces, no parece. Por ejemplo, ahora no sé dónde está. No lo he visto desde la tarde en la piscina. Mejor, que ni se aparezca, en este momento no necesito más probl…

¡Qué calor!

¿Las cicatrices? Las tengo desde chiquita, don Ciro, desde chiquita, un accidente, solo fue un accidente, estaba en la cocina y… un accidente, amargo como todos los accidentes, usted sab… Pensé que con el bronceador ya no se notaban tanto. Antes eran más grandes, en ambos brazos, sí, por aquí y por… No, no me duelen ya, don Ciro, hace mucho tiempo, yo realmente no quiero hablar de… ¿Puede marcar otra vez, por favor?

Voy a intentarlo desde la recepción, don Ciro, es imposible que no podamos llamar a… La lluvia, claro, pero el hotel debe tener… no sé… una planta… algo, ¿no?

No, gracias, don Ciro, no quiero ser abus… Ya molesté mucho… y hay que ver la hora que es…

No, tranquilo, desde la recepción, en serio…

No, de verdad, don Ciro…

Ígor me debe estar buscando.

Mi novio.

Sí, enojados, pero a él se le pasa rápido, usted no lo cono…

Muchas gracias, de verdad, ya me siento mejor, el agua me… Ya no me duelen los… ya estoy más calmada, ya no tengo tanto calor…

No…

No, gracias…

Don Ciro, por favor, tengo que hacer la llam…

No, ya no tengo tanto calor. Son nervios, en realidad, no calor.

No, don Ciro, mi papá me neces…

¡Don Ciro, por favor, qué está haciendo!

¡Don Ciro!

¡Don Ciro!

…

¡Dios mío! ¡Pero cómo se le ocurre…! Don Ciro, usted… usted… ¡Cómo se le ocurre! ¿Se siente bien, don Ciro? Míreme, míreme. ¿Qué es esto? ¿Sangre? ¡Ay, Dios! ¡Es culpa suya, es culpa suya, don Ciro, cómo se le ocurre cogerme por…! Yo nunca pensé que… ¿Y esto qué es, un diente? Tengo que irme, me voy, don Ciro… ¡¡¿Usted?!! ¡Pero cómo se le ocurre, yo solo vine a

llamar, yo solo vine a pedirle un favor, yo pensé que usted… yo pensé que usted era un…! Tengo que llamar, le estoy diciendo, mi papá está… por eso vine, por nada más… ¡Cómo se le ocurre, don Ciro, por Dios!

¿Qué? ¿Qué está diciendo?

¡No, no es mi culpa!

¡Pida a la recepción vendas, algodón y mertiolate, eso se le puede infectar! Mertiolate. Y hace buchecitos de aguasal esta noche para que no se hinche la... Ya tiene un moretón, sí, pero… ¡Esto es increíble, de verdad! ¡¡Usted, don Ciro!!

Cuidado con los pedazos de la mesa. Pues claro que son vidrios, si la mesa era de vidrio los pedazos son de vidrio, por supuesto. Y eso de allá es un poco de pelo. De su pelo. Y que le barran todo esto porque mañana usted se rompe los... Es su culpa, don Ciro…

¡¿Qué?!

Mi papá muriéndose y usted… Yo no quise…

¿La costilla? A ver… No, no parece haber fractu…

…

¡Dios!

Voy a llamar al servicio.

Está bien, venga, recuéstese aquí.

¡Perdón, perdón!

¡Quieto, don Ciro, no vuelva a empezar! ¡No, don Ciro, no!

¡Voy a llamar a Ígor, y él es mucho más grande que usted!

¡Oiga!

¡Don Ciro!

¡Maldita sea, don Ciro!

¡Esta vez no voy a disculparme!

SEIS

Golpes acompasados sobre una puerta de madera rústica. Ruido de televisor. Lluvia.

Ígor

Levantarla a patadas, hasta que se reviente, hasta que pida clemencia, hasta que llore, hasta que se le caigan los dientes, uno por uno, los incisivos, los premolares, los molares y las cordales, los treinta y dos dientes regados por el piso, y las uñas de las manos, arrancarle las uñas a mordiscos, una a una, hacerle tragar el montón de uñas, levantarla a pata limpia, contra una pared, contra una esquina, darle y darle y darle y darle y darle, contra la puerta, romperle el cráneo con una puerta, abrir y cerrar la puerta sobre el cráneo, golpes sucesivos, tirarla del pelo, arrastrarla, darle la vuelta a la piscina jalándola del pelo, por la arena de la playa, de lado a lado, arrastrarla por encima de los corales, rasgarla, arrancarle el pelo a manotadas, que grite, que grite mucho, que llore, que sepa lo que es bueno, arrancarle la piel a jirones, cortarle la lengua, pincharle los ojos, sacárselos y llenar de arena los huequitos, quemarle las orejas con un encendedor, patearle la mandíbula, partirle las piernas, cortarle los dedos con un alicate, empelotarla y luego seguirle dando patadas en las piernas, en los brazos, en la espalda, en el culo, en el cuello, en las costillas, partirle las costillas, las falsas y las

de verdad, meterla en el baño y molerla a varillazos, hasta que me canse, hasta que no pueda más, que rasque la puerta con las manos, que la unte de sangre, de babas, de mocos, de lágrimas, patearla hasta que me ruegue, hasta que me pida perdón, hasta que suplique, eso, eso, que pida perdón, que acepte que la cagó conmigo, que no soy ningún pendejito del que se puede burlar así como así, que yo no estoy pintado en la pared, como un moco en la pared, una cucaracha, un cero a la izquierda, que me pida perdón, sí, que llore y me ruegue, o me respeta o se jode, levantarla a patadas, que sepa quién manda, que sepa lo que es bueno, que aprenda que no se puede burlar de Ígor, no señor, no puede, qué se cree, que se entere, que se lo aprenda, que no lo olvide, que sepa que la amo.

Que la amo, que la amo, que la amo, que la amo…

…

Morderla en todas partes y arrancarle el pedazo.

En todas partes menos en los hombros.

Los hombros no.

Esas pequitas de los hombros son mías.

Mías.

Nada más que mías.

SIETE

Sala repleta de cosas inútiles. Ahora las nubes se meten por las ventanas.

Dina

¿Tu papá? Tú sabes cómo es tu papá, puede estar muriéndose de un dolor de muelas pero no dice nada, se traga todo, como una concha, como un coco, como una tapia, cerrado y trancado con llave por dentro. Su madre, tu abuela, que en paz descanse, era igualita, vieja del demonio, como dos gotas de agua, me parece estar viéndola, ahí, con esa cara de cólico, mirándome como si yo fuera un pedazo de mierda…

¿Tu papá? ¡Qué va! Sigue ahí pegado del grifo, muriéndose… Ni siquiera tuvo los pantalones para decírmelo. Tuve que llamar a su secretario. Tito, el calvo, ahora es su secretario, yo hice echar a la mechuda esa que lo ayudaba antes porque tenía cara de víbora. Tito, tú te acuerdas de él, siempre tan querido con nosotras, ahora es su secretario. Él me lo contó todo, nenita, él sí fue capaz de contarme todo.

Bueno, ¿estás sentada, mamita? Cógete de algo, agárrate: ¡denunciado por ladrón, nenita, por ladrón! Así como lo oyes, así me lo dijo Tito. Nada que hacer, tu papá le quedó mal al que no debía y lo echaron al agua. Tienen pruebas, montones de recibos, facturas, cheques, correos, mensajes, tarjetas, pruebas hasta para tirar pa' lo alto. Un fiscal, que seguro es un pobretón que no tiene dos vestidos pa' ponerse, lo acusó de peculado, prevaricato, concusión y cohecho, el combo completo, mamita. Yo ni siquiera sabía qué significan todas esas palabras tan raras, pero Tito, tan bella persona que es, me lo explicó todo. Todo eso significa que tu papá está fregado, mi amor, jodido de todas cuatro. Y nosotras por ahí derecho. Ahí sí no sirve de nada ser un honorable senador de la República, mamita, maldita sea la tal

justicia de este país, ahí sí no hay amigos, ni conocidos, ni nada. Son odios, mi amor, envidias, gente ardida porque tu papá ha prosperado más que nadie en tan poquito tiempo en el Congreso. La gente de este país es una porquería, mija…

¿Cómo está quién? ¿Tu papá? ¿Cómo va a estar? No me quiere dar la cara, el muy miserable, ahí, agarrado del tubo del agua, en el lavamanos, pálido, como verde, como violeta, como transparente. Lleva horas ahí.

Tito me dice que la situación está muy mal. Le pregunté por una solución y soltó una carcajadota, nenita... Tito dice que tu papá debe aceptar los cargos y hacer un acuerdo con la Fiscalía. Sí, un acuerdo, imagínate. Eso no va a solucionar nada, nenita. ¿Estás sentada, mi amor? Escucha: mínimo cinco años de cárcel. ¡Cinco! Y eso si devuelve la plata. O entrega. O paga, como se diga. ¡Hazme el favor!

Pues la cosa es así, mamita, grave de toda gravedad, ¿qué piensas?

Pero hay consuelo, nenita.

Hay una posibilidad.

Hay una escapatoria.

Dios aprieta pero no ahorca.

¿Me estás escuchando, mi amor?

Mi vida, ha llegado el momento de ayudar a tu padre. A mí no, tú sabes que ya he pasado por épocas peores, pero tu padre, Dios mío, tu padre… Es hora de que los hijos le tiendan la mano a sus padres, nenita, que no toda la vida puede ser dame, dame, dame, claro que no, mamita, los papitos se cansan y las hijitas hermosas tienen que colaborar...

¡No, no, no, no, nenita, no hace falta que regreses inmediatamente! Puedes ayudarnos muchísimo mejor desde allá.

Claro, mamita, es muy fácil. Ya nos contaste los encuentros que has tenido con ese hombre generosísimo que es don Ciro. ¡Ay, Dios bendiga a ese santo hombre! Muchas veces ha estado aquí, sentado, aquí mismo, jurando por la santa cruz que es el mejor amigo de tu padre, admirando la casa, la esposa hacendosa y la hija bella que tiene. Bueno, pues es cuestión de que le cuentes el giro trágico que está teniendo la suerte de tu padre, el sufrimiento, la fatalidad, tendrías que verlo, Dios mío bendito, no pudo con la noticia, está hecho un guiñapo ese hombre, amarillo, amarillo, como verde, violeta, como un pollito, el hígado, debe ser, no come, no sale del baño, agarrado del tubo del agua, no dice nada, una tapia, una tapia, carajo… y verás que don Ciro se conduele, que es un gran hombre, un humanista, nenita, un ser de luz, un amigo como pocos...

…

¿De qué estás hablando?

¿En su habitación?

¿Ahora?

…

Bueno, mi amor, pero eso no fue nada, a los hombres les gusta jugar, nenita, seguro que estaba jugando y tú malinterpretaste las cosas, tú eres una exagerada, siempre desde chiquita, una exagerada, él es un hombre serio…

¡Bueno, bueno, bueno, eso tampoco es gran cosa, nenita! Deberías alegrarte, ya tienes la mitad del trabajo hecho.

Lo que estoy diciendo, mi amor, ni más ni menos. Ayudar a tu papá consiguiendo el dinero que se necesita para hacer el acuerdo con la Fiscalía, ¡¿o es que crees que aquí cagamos plata?!

¡Pues paseas con él, cenas con él, le enciendes los cigarrillos, le sonríes, que para eso Dios y la ortodoncia que te pagamos te dieron unos dientes perfectos, te subes un poco la falda, le hablas en francés o en italiano que eso a los hombres les gusta mucho, le hablas del pasado, del presente, del futuro, nenita, del futuro, que eso a los hombres también les gusta mucho, un futuro inmediato, claro, no se trata de aceptar nada a largo plazo, te acomodas el pelo, te lames los labios, te secas el sudor del cuello, pestañeas, mueves los hombros, tamborileas los dedos, cruzas las piernas…!

O las abres...

Un sacrificio, mi amor, todos tenemos que hacer un sacrificio en estos momentos tan duros.

¿Me estás entendiendo, amor mío?

¿Comprendes que el papá está muy grave? Me lo dijo otra vez. Para eso sí tiene coraje, mi amor, me lo dijo y se me desgajaron las lágrimas, me dijo que… ¡No soy capaz de repetirlo, mi amor! Habló del vacío, mi amor, de ventanas, del viento de la noche, de caer… Para eso sí tiene aliento, para eso sí tiene coraje.

¿Comprendes que hay que ayudar a los papitos cuando ellos lo necesitan?

¿Nenita, entiendes a la mamita?

¿Nenita? ¿Estás ahí?

OCHO

Bar. Luz tenue. Muebles de bambú. Copas a medio llenar. La lluvia moja las ventanas.

Ciro

Te miro. Te miro a los ojos. Tú no te das cuenta. Te miro a los ojos. Observo cómo mueves el pelo de un lado al otro, cómo desnudas un hombro, cómo giras un poco la cabeza. Te miro a los ojos. Veo cómo aprietas los labios. Veo cómo cruzas una pierna sobre la otra, lentamente, cómo te acomodas en la silla, cómo revisas que nada privado quede al descubierto, cómo repartes el peso del cuerpo en las nalgas. En las nalgas y en el codo que apoyas en la mesa.

Suena *Cousin Mary* de John Coltrane en los parlantes del hotel. A eso hemos llegado: el saxo de John Coltrane para tomar cocoloco. Tú no le haces caso a Coltrane. Te miro. A través del reflejo del espejo te miro. Tú no te das cuenta. Puedo verte toda. De arriba abajo. Si te pusieras de pie, también podría verte toda. Te miro con cuidado. Te miro con calma. Puedo ver el brillo de la luz en los pelitos del cuello. De tu cuello. Observo cómo pasas tus dedos por el cuello. Tienes calor. Los poros de tu piel tratan de resolver el problema que te plantea el calor. Puedo ver los poros de tu piel. De tus brazos. De tus piernas. De tus muslos. De tu espalda. Te puedo ver toda. Los poros de la piel de tus hombros. Tienes calor pero tienes algo más. Furia, puede ser. Estás preocupada por tu papá. Entreabres los labios como si quisieras hablar. Tienes los labios secos. Te miro los labios.

Ahora levantas la vista en busca de alguien. Necesitas algo. Llueve. Diluvia. Hay humedad en el ambiente. Tienes calor y sed. Veo que tienes calor y sed a través de tu reflejo en el espejo. Llamas a un camarero. Te desesperas porque el hombre no te atiende con rapidez. Te asustas con un relámpago que ha rasgado el cielo. Te asustas con el trueno. Murmuras un insulto. Lindo, te sale. Mueves el pelo hacia el otro hombro en señal de desespero. Un lunar. Un lunar redondo. Entre el hombro y la espalda. Un lunar perfecto. Si Coltrane lo hubiera visto, habría compuesto una pieza. *Your Mole at Night*, se podría llamar. Y pecas. Tienes pecas en la espalda. Pequeñas, apenas perceptibles. Tienes pecas que la luz del trópico alborotan. Pecas que adornan tu pecho. Y tu espalda. Tienes pecas. No se me hubiera ocurrido que tuvieras pecas. Lindas pecas.

Viene el mesero. Casi con desdén le pides algo. Una bebida, seguro. Puedo verte toda pero no puedo oírte. No hace falta. Pides algo sin mirarlo a los ojos. Se aleja. Tú vuelves a tus preocupaciones. Miras hacia la ventana. Puedo verte mientras miras hacia la ventana. Balanceas la pierna que está sobre la otra al ritmo de John Coltrane. Te muerdes una uña. No te estás dando cuenta de que te muerdes una uña porque tu cabeza viajó al continente en cuestión de segundos. Tienes un dedo en la boca. Sin querer haces un gesto provocador y yo siento que el agua me corre por la espalda. Te muerdes la uña pero a través del reflejo del espejo parece que haces otra cosa.

Una cosa para mí.

No me culpes. Las cosas están al revés en los espejos. La izquierda en la derecha. El sol aparece por el occidente en los espejos. Eres zurda en los espejos.

Sigues balanceando la pierna. Tu pie entra y sale de la mesa con cada vaivén. El esmalte de los dedos de tu pie brilla cada vez que sale. Esmalte rojo. Dedos apretados en una sandalia blanca. Dedos blancos. Dedos suaves. Deben saber a algodón de dulce. Dedos dulces. Te miro los dedos de los pies.

Llega tu bebida. Agradeces al mesero con una sonrisa fugaz. No lo miras. Sigues de mal humor. Te acomodas en la silla para beber la cerveza. A través del espejo veo que revisas el vaso de cristal. Decides que está sucio. No puedes beber ahí. Haces un gesto de asco. Todo va mal este día. Lo siento, nena. Tamborileas los dedos en la mesa de vidrio siguiendo el ritmo del saxo. Ahora es el saxo de Art Pepper. El calor es más fuerte que el asco. Te decides. Veo que te decides. Tomas la cerveza, limpias la boca de la botella con la servilleta blanca y bebes directamente de la botella…

Y bebes… Y bebes… Y bebes…

Un poco de cerveza bordea tus labios húmedos. Veo tus labios húmedos.

Paras de beber y dejas la botella sobre la mesa. La espuma de la cerveza sube a toda velocidad por la botella. Lo ves. No sabes qué hacer. La espuma ya sale de la botella, ya se riega por los lados, ya casi toca la mesa. Entonces me haces el regalo más bello de la tarde. Tomas la botella entre las manos y lames la espuma. Chupas la espuma. Para que no se riegue. Revisas que no salga más, y en cuanto sale vuelves a chupar. Tragas la espuma. Toda. Limpias la cerveza de la botella, de la mesa, de tus manos. Te lames la cerveza de las manos. Veo tu reflejo en el espejo lamiendo la cerveza de tus manos.

Ya no tienes calor. Yo sí.

NUEVE

Pasillo interminable que crece a medida que pasa el tiempo. Bruma.

Lara

Ahora Lara, que soy yo, está parada en la puerta de la habitación 314, la que solicitó Ígor para él solo. Lara está en *shock*. No le gusta lo que tiene que hacer, pero lo tiene que hacer. Es esto o… Lara no se lo quiere ni imaginar.

Lara golpea suavemente la puerta. Lara no obtiene respuesta alguna.

Lara, que soy yo, se imagina que Ígor está rascándose las pelotas acostado sobre la cama. Seguro que está viendo el canal de música tropical. Lara se lo imagina murmurando un reguetón y moviendo la cabeza para ambos lados.

Lara vuelve a golpear y pone su tono de voz más suave. "*¿Ígor? ¿Ígor, estás ahí? Necesito hablarte. Es urgente*". Lara quisiera utilizar otra palabra que no fuera *urgente* porque lo que está sintiendo no es exactamente *urgente*, es más que *urgente*, pero no encuentra otra palabra distinta a *urgente* que sea más precisa, más exacta, una palabra que dé cuenta del frío que le recorre las vísceras por dentro, que le hace doler los riñones, el útero, la boca del estómago… "*¡Ígor, maldita sea, abre la puerta de una vez!*".

Pero Ígor no abre la puerta. No dice nada. No se para de la cama. Ni se sienta siquiera. No deja de tararear el reguetón. No deja de manosearse las pelotas.

Entonces Lara, que soy yo, hace lo único que es capaz de hacer en este momento. Llora. Lloro en silencio recostando la cabeza en la puerta de la habitación 314. Gime un poquito pero está completamente segura de que el gemido no atraviesa la puerta. Llora sintiendo que la borrasca que se revienta afuera del hotel es la misma que siente dentro de sí. Llueve dentro de Lara. Llueve a cántaros dentro de Lara. Diluvia dentro de Lara.

Lara, que soy yo, se deja caer al lado de la puerta. Me siento en el suelo. Se pone a hablar de lo primero que se le viene a la cabeza. "*Las palmeras se doblan, Ígor. Se doblan por completo. ¿Has mirado por la ventana? Se doblan. Impresionante. No sé cómo no se parten por la mitad. El viento las agita como si fueran de trapo. Las tira para un lado, luego para el otro. Tan fuertes que son y la tempestad las vuelve de goma. Horrible…*".

Lara no espera una respuesta. Realmente no espera nada de Ígor. Lo que sucede es que no tiene más a dónde ir. "*¡Qué manera de llover! Cuatro días completos… De haber sabido que nos iba a tocar estar encerrados en el hotel, no hubiera jodido tanto con este viaje. Porque sí, sí, fui yo, lo acepto, la culpa es mía, tú querías escalar el nevado y yo me encapriché con la isla…*".

Lara le pide perdón. Lo hace dos veces. Lo hago tres. Luego lo hago diez veces más pidiéndome perdón a mí misma. "*En serio, perdón. ¿Me escuchas? ¿Estás ahí? Ígor, por Dios, no seas imbécil… ¿De verdad tengo que rogarte?*".

Ígor apaga el televisor de la habitación. Lara se da cuenta. Ahora es el momento. A lo que vino. Convencerlo como ella lo ha hecho siempre desde que son novios, "*porque somos novios, ¿cierto Ígor? ¿Me quieres todavía? ¿Me quisiste alguna vez?*

Porque una cosa es gustarle a alguien, sentirse atraído por los ojos, los labios, el bamboleo del culo, las piernas, y otra muy distinta…".

Ese no es el camino, Lara, por Dios, cállate por un momento, estúpida, piensa lo que vas a decir, idiota, ¿no ves que dándole cantaleta no vas a conseguir lo que necesitas, imbécil? Lo vas a espantar, como dice tu madre, la buena de doña Dina, que te conoce bien, que sabe que para ti los hombres son de usar y tirar.

A ver, Lara, mamacita, límpiate los mocos, sécate las lágrimas, pon tu mejor sonrisa, acomódate las tetas, haz que abra la puerta, le plantas un beso de los que sabes dar y asunto arreglado, ¿vale? Es un hombre, es solo un hombre, una verga con patas, esto lo sabes hacer.

"*Hace frío, Ígor. Increíble que haga frío en una isla del Caribe. Es el viento. Tengo la piel de gallina. ¿Tú tienes frío?*".

Pero Lara no logra arrancarle una mísera palabrita a Ígor. Solo alcanzo a sentir cómo él también se recuesta contra la puerta de la habitación 314, pero del lado contrario. Algo es algo, piensa Lara, en medio de su desconsuelo.

"*Es mi padre. De eso quiero hablarte. Tiene problemas. Algo malo ocurre en casa. Mi madre no ha podido decirme lo que sucede porque no hemos logrado hablar tres minutos seguidos. Tanto* WhatsApp*, tanto celular, tanto internet y con un aguacero en el trópico nos devolvemos al siglo XVIII*".

Lara, que soy yo, escucha la respiración de Ígor al otro lado de la puerta. Es lenta y liviana. Lara sabe que es señal de que está tranquilo. A lo mejor está arrepentido. A lo mejor ya se siente

culpable. Lara cree que falta poco para que Ígor quiera sentirse como un macho alfa, y salga a protegerla del diluvio de la isla.

Lara habla muy cerca de la puerta. Susurra. "*Tengo la piel de gallina. Me tiemblan las manos. Me duelen las cicatrices de los brazos, Ígor, las cicatrices, como si las tuviera en carne viva. ¿Te acuerdas que te gusta besarme las cicatrices? A mí también me gusta. Que me las beses. Que me las chupes. Que me las muerdas un poquito. Me gusta el dolor. Me gusta tu dolor, Ígor. Tengo helados los dedos de los pies. Tengo frío y no trajimos suéteres. No se traen suéteres a las islas del Caribe. No se supone que pasaría esto. Ígor, mi niño, tengo la piel de gallina, no puedo sola con todo esto*".

Entonces Lara ve cómo Ígor abre la puerta de la habitación 314, observa cómo Ígor no tiene cara de culpable sino que tiene los ojos inyectados en sangre, siente cómo la mano de Ígor la va tomando del cuello, cómo poco a poco la va apretando, cómo poco a poco la va elevando del suelo, cómo poco a poco me va cortando la respiración, cómo poco a poco el brazo fuerte de Ígor la destripa contra la ventana del pasillo, cómo poco a poco le va girando la cabeza. Lara siente cómo le va faltando la respiración, cómo se me van cerrando los ojos mientras veo las ráfagas de agua del diluvio de allá afuera.

Y de pronto, Lara siente cómo Ígor la deja caer al suelo del pasillo del hotel. Lara se golpea las rodillas, los codos, las manos, las costillas. Lara tose tratando de recuperar el aliento. Lara observa los pies de Ígor que no se apartan de su lado. Lara observa cómo Ígor se pone de rodillas y se le acerca al oído. Lara escucha las únicas palabras que fue capaz de sacarle a

Ígor: "*¡Zorra de mierda, a mí no me deja botado nadie, yo no soy un payaso, váyase a pedirle ayuda al viejito ese al que le estaba mostrando el coño!"*. Lara no entiende. Lara no puede creer que Ígor piense que… que se le pueda ocurrir que… que ella y don Ciro…

Lara siente la respiración iracunda de un Ígor que ya no reconoce. No se va. No la suelta. Solo le respira encima.

Diluvia dentro de Lara, que soy yo.

DIEZ

Oscuridad. Solo una luz cenital que deforma a la actriz.

Dina

Cuando estaba embarazada me iban volviendo loca. Todo el día un come – come aquí, en la oreja, ¡aquí! Que eso no es normal, que la llamada de la naturaleza, que el maldito reloj biológico, que las mujeres solo se realizan con la panza hinchada. Que el marido, que la familia, que el futuro…

A todo el mundo le parecía un crimen horroroso que yo no quisiera tener hijos. A mí no. Y fui madre. Y tuve una hija. Solo una, ¿para qué más?

ONCE

Oscuridad. Solo una luz lateral que deforma al actor.

Ígor

20 novias he tenido. 25. 30. O algo así. 3 al año y hasta más. Me propuse mantener ese récord por varios años. Un reto personal. El secreto es aplicar la estrategia del picaflor. Chuparlo todo con fuerza y lo más rápido que se pueda. Luego las flores ya no sirven para mucho, no tienen nada qué ofrecer. Pero con Lara fue distinto porque sí tiene mucho qué ofrecer. Con Lara aprendí eso, que con una mujer se puede pensar en el futuro. No me gustaba pensar en el futuro, pero llega un momento en la vida de todo hombre en que debe pensar cómo va a ser su carro, su casa, de qué va a vivir, dónde se va a ir a pasear en vacaciones. Un hombre de verdad hace eso. Un hombre de verdad se proyecta hacia el futuro. Lara es todo eso y más.

DOCE

Oscuridad. Solo una luz lateral que deforma al actor.

Ciro

Nadie puede señalarme con el dedo y decir que soy un aprovechado, un sinvergüenza que se cobija con el árbol que más sombra da. Nunca, jamás. Yo a Floro lo conocí muchísimo antes de que fuera senador de la república, óigase bien, muchísimo antes. Yo le di la mano cuando tuvo problemas, yo le ayudé a mantener a su mujer y a esa hija que tiene. He sido algo así como un soporte para él. Dios te manda al mundo con una misión y esa es y sigue siendo parte de la mía: ayudar al más desfavorecido,

ofrecer un pan al que tiene hambre, darle protección al desvalido. La amistad es lo primero y yo por Floro haría lo que fuera.

TRECE

Oscuridad. Solo una luz frontal que aplasta a la actriz contra el fondo.

Lara

Fue un accidente. Yo era una niña muy necia. "*¡Lara, quédate quieta!*", me decían. Saltaba de aquí para allá, cantaba, volvía loca a mi madre. Estaba en la cocina. Sola. No recuerdo bien, pero mi madre dice que quería alcanzar unas galletas. La base de los cuchillos se me vino encima. Eran doce. De plata. Brillantes. Fue un accidente. Solo fue en los brazos. Todavía me duelen de vez en cuando. En la cara no me pasó nada.

CATORCE

Oscuridad. Solo una luz cenital que deforma a la actriz.

Dina

Lara, mija, eso es como montar en bicicleta, ¿te acuerdas que aprendiste de un día para otro? Pues eso, es lo mismo. ¡Ahora no me vayas a salir con que con Ígor no…! ¡Con Ígor y con todos esos otros novios que desfilaban por esta casa! Yo soy tu madre,

no tengo dientes de leche, mijita, te lo veía en los ojos cada vez que ustedes…

No es por mí, mi amor, es por tu padre, que sigue vomitando en el baño, agarrado a ese tubo de agua como si el mundo dependiera de eso…

QUINCE

Habitación de hotel lánguida, más lánguida que antes. Diluvia. Tiemblan las paredes. Tiembla el techo. Goteras por todas partes. Lara pone vasitos plásticos debajo de cada gotera. Una muy grande cae a chorros sobre la cama. Lara se acuesta debajo de ella, de manera que el agua cae justo en su vientre. En una emisora de radio avisan del paso arrollador de un huracán por el Caribe.

Lara

Es solo la luz de un rayo, Lara, no te espantes, gran pendeja, tranquila, has visto llover millones de veces, y ahora ese es el trueno, no tiene nada de raro, un trueno viene después de un relámpago, no te eches para atrás, ya tienes el teléfono en la oreja, ya marcaste a la recepción, ya te están comunicando con la habitación de don Ciro, otra vez un rayo, es normal, hay tormenta, otra vez tormenta, la misma tormenta, recuéstate en la pared, no hables mucho, di solo lo necesario, una cita, una cita para esta noche, unacitacomocualquierotra, sonríe, sé amable, tampoco es tan viejo, has bailado con hombres más viejos, no huelen tan

mal los hombres viejos, don Ciro se cuida, se cuida mucho, eso era lo que más le gustaba a la esposa, a la difunta, eso dice mi madre, otro trueno, esta vez sin relámpago, es normal, es una tormenta tropical grado 2, es posible que se convierta en ciclón, hay que tomar precauciones, eso me dijeron en la recepción, sonríes, bailas un par de piezas y luego cierras los ojos, como lanzarse a un tobogán, como en la montaña rusa, como en la mitad de un ciclón, ya timbró el teléfono, ya contestó don Ciro, ahí está su voz agrietada, la escuchas y guardas la compostura, ¿ves, Lara?, no es tan difícil, sonríe, sigue sonriendo, contesta con monosílabos, él ya sabe a qué llamas, te ríes de sus comentarios, te agarras de la pared, eso, eso, sencillo, simple, como una llamada cualquiera, no es tan grave, tranquila, Lara, tranquila, esa gota de sudor que te baja por la espalda es por la humedad, es por la lluvia, es por los truenos, siempre te han dado susto los truenos, tu papá te abrazaba cuando tronaba en el cielo, eso te pasa siempre, no es por la llamada, no es por los piropos de segunda de este viejo de mierda, no es porque sabes que si por él fuera su lengua ya estaría saliendo por el teléfono, ya estaría metiéndose entuorejaentusaxilasentuconchaentusmuslosentustobillos, tranquila, tranquila, ya estamos terminando, ya está todo listo, ¿ves?, esta noche, a las ocho y media, te va a hablar de música, te va a dedicar canciones, eso dice, ya estás agachándote para colgar, espera, Lara, espera, sé cortés, sonríe, dile algo bonito, anímalo, dile que deseas que ya sean las ocho y media, díselo, díselo, acuérdate de tu padre, imagínatelo vomitando, ¡que se lo digas!, está bien, no lo hagas, Lara, imbécil, no lo hagas, pero

sigue sonriendo, despídete con elegancia, dale, con paciencia, con tranquilidad, eso, eso…

¿Ves? Ya está hecho. No ha dolido. No es tan difícil. Ahora controla la respiración. No te asustes, es solo un rayo. Y un trueno. No pasa nada más. Ahora descansa. No te acerques al espejo. No, Lara, no te mires al espejo, no… no…

…

¡Estúpida!

…

El delineador no es a prueba de agua. Ahora vas a tener que retocarte el maquillaje.

DIECISÉIS

Baño estrecho. Las luces de los relámpagos entran por la ventana.

Ciro

¿Quién pone la música en este hotel? ¿A quién se le ocurre que…?

Ya… ya… ya me siento mejor… Muchas gracias. Es solo cuestión de respirar… De recuperar el aliento… Es difícil con tanta humedad, con tanta lluvia…

No, déjeme aquí un rato más. Ya me levanto… Tranquilo, solo fue un resbalón…

¿Usted siente la humedad? Es tremenda. No se puede respirar…

Y esa música… ¿a quién se le ocurre que el *jazz* es para adornar la recepción? Espere, espere, tengo que respirar…

No hay nada más horrible que escuchar a Louis Armstrong con los ruidos de los cubiertos del comedor. ¿A quién se le ocurre? No es elegante. Es como comer tamal con champaña. Dígale a… Dígale a quien ponga la música que mejor ponga calipso, o soca, o bachata, o cualquier cosa de la isla, pero *jazz*…

No, no, espere, ya me levanto del suelo, deme cinco minutos más… tengo el corazón a mil… solo cinco minutos más…

No más *jazz*. El *jazz* murió en 1959. Nadie debería volver a tocar una música difunta. Todo el mundo sabe que… sabe que el *jazz* se murió cuando Miles Davis grabó *Kind of Blue* en 1959.

Miles Davis… ¿Ha escuchado a Miles Davis?

Hágalo. Ese hombre era increíble. Un negro simpático. Así como usted. Un genio. Grabó *Kind of Blue* en Nueva York y expidió el acta de defunción del *jazz*.

Páseme un vaso de agua, ¿quiere? Ya me estoy sintiendo mejor. Estoy ahogado. No corre el aire. No hay brisa en esta isla.

Sí, son mías. Son para el corazón. Prescritas. Mi difunta esposa, que en paz descanse. Cardióloga. Una en la mañana y otra en la… otra en la noche. No voy a volver en la noche, por eso me la tomé antes. Voy a estar ocupado. Una cita. Muy ocupado. No sé si voy a necesitar más pastillas.

Si usted la viera… Si la viera hasta usted tendría que tomarse un par de esas pastillas. No a mi esposa, claro. Es una chica. De aquí, del hotel.

Deme otro vaso de agua, por favor.

Miles Davis… Grabó como 30 discos más, pero él sabía que había matado el *jazz* en 1959. *Kind of Blue* son todos los dioses atrapados en un acetato.

Este trueno estuvo más largo que todos los demás. Tormenta. *Jazz* con tormenta. ¿A quién se le ocurre?

Ya no tiene sentido hacer *jazz*. Tocar *jazz* hoy en día es como correr en una caminadora eléctrica: puede que uno sude, pero no se va hacia ninguna parte.

¿Me comprende? La gente cree que sabe lo que hace, pero no. La persona que pone la música en este hotel cree que sabe lo que hace, pero no es verdad. Nadie sabe lo que hace. Nadie sabe lo que hay que hacer. Nadie tiene idea de…

Bueno, está bien, me levanto, pero despacio… Despacio, por favor… Un segundo, déjeme recostar en la pared, espere… Todo me da vueltas. Es por las pastillas.

No hay aire, no corre el aire…

Voy a salir esta noche. No voy a regresar a mi habitación. Voy a hacerle un favor a un amigo. Un amigo muy querido. Si usted la viera…

Sí, me recuesto, me recuesto. Voy a dormir un rato. Se me pasa durmiendo. Casi todo se me pasa durmiendo. Tranquilo. ¡No, no, no, no llame al médico! Durmiendo se me pasa. Más tarde me paso por su puesto de trabajo y… y se va a admirar de lo bien que voy a estar.

Tengo que estar bien para ella. Lo merece. Voy a estar bien. Tengo que tener el pulso firme en las dos manos, afilado el olfato, puntería con la lengua. Es esta noche o nunca.

Me falta el aire, nada más. Abra las ventanas, prenda los ventiladores, agite las sábanas…

No hay aire, no hay sol, no hay calipso, y hay un idiota que insiste en poner *jazz* todo el santo día. Esta isla está al revés.

Dígale al que pone la música que el *jazz* está muerto, como mi mujer. Dígale que no se puede vivir en el pasado. Dígale que la mujer de Lot se convirtió en estatua de sal por mirar para atrás. Dígale que… que… mejor no le diga nada.

Hágame un favor. Vaya y quite esa música, ¿sí?

DIECISIETE

Salón de baile oscuro y amplio. Fue bonito en alguna época lejana. Las ventanas amenazan con reventarse por la tormenta. Las luces y la luz de los rayos rebotan en una triste bola de discoteca vieja.

Ígor

Allá está ella. Allá están los dos. Ridículos. Bailando. Todo el mundo los mira. Todo lo bailan igual. Una salsa, un merengue, un vallenato, todo es igual. De aquí para allá. El viejo la ha pisado un par de veces. Ríen. Perra.

Ya comieron. Rondón. El viejo no bebió, pero ella se bajó una botella de vino entera. Cínica. Y postre. Y hablaron mucho. Y él le cogió la mano. Viejo puerco. Viejo cochino. Sus manos amarillentas llenas de pecas sobre…

Ya están sudando. Las luces intermitentes los hacen ver peor. La gente se burla de cómo bailan. Ella lo agarra de la camisa con dos dedos, como si le diera asco. Y luego se limpia la mano en la falda. ¿Por qué se pone falda? Le he dicho mil veces que la falda… Y giran. Unas vueltecitas torpes.

¿Qué hago aquí? ¿A qué vine? ¿A ver llover?

¿Por qué me hace esto? Mentirosa.

Ahora me mira. Desde la pista me mira. Parece que quiere algo. ¿También quiere bailar conmigo? Descarada. Me hace caras. ¿Se divierte? ¿Sí, se divierte? Me alegra, me alegra mucho, ojalá se ría mucho, mucho, a carcajadas, hasta que se reviente por dentro, hasta que…

La va a besar. El viejo la toma por la cintura. Se le acerca. Le agarra la mandíbula con la mano. La va a besar. ¿Eso es lo que quería, no? Puta. La va a besar. Ella lo mira a los ojos. ¿Qué hago aquí? ¿Por qué no dejo de mirar? Disfrute, zorra, disfrútelo, métale la lengua hasta los…

Pero ahora viene corriendo. Me abraza. Llora. Está atacada. No entiendo lo que dice. ¿Escapar? Está diluviando allá afuera. Un ciclón, dijeron en la recepción. No se puede salir. ¿Qué carajo le pasa? Y balbucea, y llora, a ver, Lara, vocalice que no le entiendo, y me insulta, me dice cosas horribles, y suplica, creo que suplica, y sale corriendo hacia la salida.

¡Carajo, esta tonta se va a meter en la tormenta!

Espere, Lara, espere, no podemos salir, el viento está muy fuerte, ¿no ve?, puede hacerse daño, espere, no corra, se va a resbalar, se va a volver mierda la falda, espere, y no la alcanzo, y las ráfagas de viento me empujan, y la lluvia no me deja abrir

los ojos, y Lara corre hacia la playa, está loca, correr hacia la playa con esta tormenta, y se cae, ¡sí ve, le dije, se iba a volver mierda la falda!, y la alcanzo y la levanto, y puedo ver que llora más fuerte que la tormenta, no corra, Lara, no sea loca, ¿no ve?, ¿no ve el tamaño de esas olas?, donde nos agarre una nos arrastra hasta Cuba, es peligroso, y Lara se suelta, y sigue corriendo hacia la playa, y aunque corro más que ella no la alcanzo, aparece un pescador, ese debe ser un pescador, camiseta roída y chanclas de plástico, quiero pedirle que la detenga, pero ningún grito traspasa la tormenta, sin embargo el pescador la detiene, la atrapa en el aire, sonríe y la detiene, me la trae, "*entre a esta sirena*", me dice, eso sí le escucho, "*éntrense, la tormenta se va a poner peor*", la trae entre sus brazos, Lara parece inconsciente, parece ida, el pescador me la entrega en los brazos, ya la tengo, y la abrazo por la espalda, y el pescador se va sonriendo, ajeno a la tormenta, y ella quiere seguir corriendo hacia el mar, y yo la aprieto por la espalda, y ella me grita que la deje ir, que la deje en paz, no, Lara, no se puede ir, espere, es peligroso, y entonces ella se voltea y me vomita encima…

y me vomita encima…

y me vomita encima…

y lo sigue haciendo…

y vomita peces, y estrellas de mar, y sepias, y caracoles, y anémonas, y plancton, y calamares, y pulpos, como si tuviera todo el mar Caribe adentro… Y luego se desmaya. Está blanca y deshecha en mis brazos, la cara a la tormenta, dormida, o muerta, o desmayada, y ya no pesa, y el viento de la tormenta me la quiere quitar, y yo lucho con el ciclón, y la cargo como

una sirena varada, y me refugio tras las palmeras, y el vendaval me revuelca, y me recuesto en las puertas, y corro empujando la tormenta, y por fin logro llevarla dentro del hotel.

Lara, dígame algo, por favor, despierte, Lara, Lara, Lara… Y ahora veo al viejo venir. Se para junto a nosotros. Dice que lo mejor es acostarla. Que duerma. Que todo lo malo se pasa durmiendo.

DIECIOCHO

Sala repleta de cajas con las cosas inútiles. Ya no hay cortinas.

Dina

Me parece imposible soportar esta situación, nenita. Si estuvieras aquí me comprenderías. No puedo seguir viéndolo así. Está violeta, como verde, como amarillo. Creo que se puso azul. No puede respirar. Sigue agarrado a la llave del lavamanos. Ya no tiene nada en el estómago. Yo tampoco, nenita, yo tampoco.

La gente del hotel me dice que escucharás este mensaje cuando pase la tormenta. Me voy. Donde mi madre. Tito me va a llevar. Tan querido que es Tito con nosotras. Me ofreció su hombro para llorar, me secó las lágrimas, me tomó de la mano, me besó la mejilla y me prometió que el futuro va a ser mejor. No puedo soportar más este espectáculo. Si estuvieras aquí me comprenderías. Lo dejo todo en manos de Dios.

Yo le he soportado todo en la vida, pero esto es demasiado. Si quieres ayudar a tu padre es cosa tuya, nenita. Ustedes siempre se

entendieron. Él siempre te prefirió. Él siempre te puso por encima de todas las cosas. Él siempre te puso de ejemplo. Él siempre te besó. Esto es demasiado, niña, ya no puedo más.

Con Tito voy a estar más segura mientras pasa todo, mientras das señales de vida. ¿Estás bien? Espero que estés bien.

…

Bueno…

Adiós, mamita.

Que pases buena…

Que descan…

Ojalá que descan…

…

¿Sabes lo que me dijo, nenita? ¡¿Sabes lo que se atrevió a decirme tu papá?!

¡Que yo tenía la culpa de todo! Eso me dijo. ¡Y que quería que yo me muriera!

DIECINUEVE

Habitación de hotel. Una luz tenue proviene del baño. Un pedazo de jazz *que se repite tercamente.*

Lara

¿Usted qué haría? Póngase en su lugar. En el lugar de ella, del personaje, de la niña, de Lara. Haga el esfuerzo. Imagínese la situación y dígame qué haría.

Imagínese que, de pronto, usted recupera el conocimiento y se ve en un lugar que no conoce. Que se ve a sí misma acostada, en una cama extraña, debajo de un techo amarillento, lleno de goteras, con un ventilador que funciona mal, ¿qué hubiera hecho?

Imagínese que no puede mover los brazos, ni las piernas, ni la cabeza, ni nada. Imagínese que la lluvia la está mojando por completo porque ya no hay ventanas que detengan esta tormenta tropical grado 3, porque el hotel se va a venir abajo, porque llueve más adentro que afuera. ¿Qué haría? Si apenas pudiera entreabrir los ojos, nada más que entreabrirlos, un par de veces, ver borroso, ver luces, agua cayendo, relámpagos…

¿Qué hubieran hecho ustedes? Piénsenlo un poco. ¿Qué cosas se les atravesarían por la cabeza? ¿Cuál habría sido su reacción?

Porque allí está Lara acostada y algo hay que hacer con ella. Está acostada en una cama que no es la suya, sin poder moverse, sin saber cómo llegó hasta allí, sin saber dónde está, y sin recordar qué fue lo que pasó. ¿Qué haría usted con esta niña? ¿Qué cosas le diría para que no se angustiara? ¿Cómo la convencería de que tiene que levantarse como sea y salir corriendo hacia la tormenta?

Porque eso es lo que hay que hacer. Hacer que se levante. Alejarla de estos dos hombres que ahora fuman un cigarrillo. Ígor y don Ciro fuman. Están allá, resguardándose de la lluvia, secreteando, mirando a la niña acostada en la cama. Hablan. Transan. Y como Lara está aturdida no puede escuchar lo que dicen.

Abre los ojos, niña, abre los ojos, tú puedes. Es importante que despiertes. Dime qué cosas ves. Despierta. Dime que ves a Ígor y a Ciro. Dime que ves los cigarrillos humeantes en medio del aguacero. Dime que sientes la lluvia en el rostro. Dime que

ves cuando Ciro le pasa un fajo de billetes a Ígor. Dime que ves a Ígor sonriendo. Dime que ves los relámpagos iluminando el techo amarillento. Dime que ves a Ígor contando el dinero. Dime que ves a Ígor acercándose a ti. Dime que lo ves acariciándote el rostro, peinándote los cabellos, secándote las gotas de lluvia, besándote en la boca, despidiéndose de ti. Dime que escuchas cuando Ígor te dice que él no es ningún pendejo, que si tú vas a sacar plata pues que él también, que eso te pasa por puta, por dejarlo en ridículo, por burlarte de él, por hacerlo ir a una isla de mierda donde llueve todo el día, que si querías un viejito, que ahí tienes a tu viejito, que te va a tratar bien, que se lo ha prometido. Dime que escuchas cuando Ígor te dice que tu mamá tiene razón, que te mereces todo el mal del mundo, que te mereces las heridas de los cuchillos en los brazos, que esas cicatrices nunca debieron cerrarse, dime que ves cómo lo dice sonriendo y se va. Dime que escuchas los truenos, los techos rompiéndose, las ventanas quebrándose, el agua metiéndose, el mar enloquecido, el viento rugir. Dime que ves a Ígor salir de la habitación. Dime que ahora sabes que estás en la habitación de don Ciro.

Sí, lo sé, estoy en la habitación de don Ciro. Estoy acostada en su cama. No necesito abrir los ojos para saber eso. Ya lo recuerdo todo. Sé lo que va a pasar. Sé que no veré nunca más a Ígor. Malparido. Infantil. Inmaduro. Sé que nadie va a venir a salvarme. Sé por qué don Ciro se está quitando la camisa, viejo hijueputa. Sé por qué se acerca a la cama mirándome las piernas. Sé por qué me besa el cuello. Sé por qué me arranca la ropa. Sé por qué jadea mientras repite el nombre de su esposa.

Lo que no sé es por qué no puedo moverme…

Estoy agarrotada.

Ya está sobre mí y no puedo verlo más. Lo escucho. Solo veo la lluvia tragándoselo todo. Y a través de la lluvia puedo ver a mi madre en la cocina de mi casa. Veo que soy una niña y que lloro sentada en mi sillita del comedor. Malparido Ígor, por qué me hablaste de esto ahora. Veo que mi madre se desespera, que llora, que me suplica que me calme. Pero no me calmo. Lloro emperrada. Soy una bebé que no para de llorar. Mi madre llora como ahora está llorando don Ciro sobre mí. Mi madre sale de la cocina, grita desde afuera, rompe cosas, y regresa con la cara enrojecida. Jadea como ahora lo hace don Ciro. Mi madre me mira a los ojos y yo no dejo de llorar. De allí en adelante ya no veo con claridad. No son los rayos, no es la tormenta. Es solo el recuerdo que es vago. Veo a mi madre con cuchillos en las manos. La veo tajar carne. Mi carne. Veo los cuchillos yendo y viniendo. Veo sangre que sale de mis brazos. Veo sangre encima de la mesa. Veo a mi madre que ya no llora más y que se concentra en tajar mi carne culpándome de algo que no entiendo. Habla de mi padre y no la entiendo. Veo a don Ciro temblando sobre mí como una hoja en medio de la tormenta, exhalando, derritiéndose, diluyéndose en la lluvia.

No veo más.

Es un accidente, mamá, no te preocupes, yo lo sé, no puede ser otra cosa. Tranquila, no se lo diré a nadie, ni a mi papá ni a nadie. Yo te amo. Todo esto es un accidente. Esta tormenta, la mala suerte de mi papá, la misericordia de don Ciro, los cuchillos en tus manos, los tajos en mis brazos, todo es un accidente.

Ahora puedo abrir los ojos por completo. Ahora veo la tormenta atravesando la habitación. Ahora veo ballenas azules cruzando el techo amarillento. Ahora puedo moverme. Ahora todo me da vueltas y siento el cuerpo como un globo inflado. Ahora me quito de encima el cuerpo inerte de don Ciro que sigue llorando y llamando a su esposa muerta. Ahora respiro profundamente. Ahora me levanto de la cama. Ahora puedo moverme, quién sabe por qué. Ahora doy pasitos. Ahora me limpio la falda y salgo por la puerta sin mirar atrás.

¿Usted qué haría?

…

Ya, papá, ya… ahora puedes estar tranquilo.

(*La tormenta se va disipando lentamente. El agua también va desapareciendo al tiempo que una luz blanca va conquistando el espacio muy despacio hasta ocuparlo todo. Silencio absoluto.*)

VEINTE

Un día calmo. Luz perfectamente blanca. No hay viento, no hay calor, no hay movimiento, no hay nada. Floro, Lara y Ciro respiran casi al tiempo.

Floro

Náuseas, hija.

Eran solo náuseas.

Y vómito.
Vomité cuatro días enteros.
Ya puedo hablar.
Ya pude pensar y ahora puedo hablar.
Hasta el pastel de la primera comunión lo vomité.
Yo también hice la primera comunión, hija.
Un deber cristiano.

Ciro

Náuseas.
Solo náuseas.
Estas náuseas no son normales.
Dolor en el pecho.
Ya me tomé las pastillas.
Son reflejos.

Floro

Ya estoy mejor.

A mi edad, la imagen pública es lo más importante.

Los *flashes*, los periodistas, las cámaras, los gritos, los insultos, las evidencias.

Todo el mundo me miró, Lara, todo el mundo me señaló con el dedo. Todo el mundo me deseó la muerte, te la deseó a ti, se la deseó a tu madre.

No es justo.

¿Cómo se atreven?

¿Cómo putas se atreven a señalarme con sus dedos pobres y llenos de tierra?

¿Lo entiendes?

Perdí la cabeza.

Ya estoy mejor. Ya el estómago me recibe cosas.

Tu madre ya no está. Se enojó conmigo. Se dio cuenta de que todo se estaba derrumbando y se fue. Tito la está cuidando. Es como una hija para él.

Tu mamá dice que soy un inútil. Dice que no volveré a verla.

Ojalá.

Lara

La isla es un estropicio, papá.

Poco quedó en pie.

Palmeras derribadas, casas sin techo, arena mojada, ramas de árboles por todas partes.

Es una zona de desastre, papá.

Ciro

Podría tomarme dos frascos de pastillas.

Tres.

El corazón a mil desde anoche.

El corazón cabalgando como loco desde anoche.

Desde que pude tocarla.

Ya nadie me quita esta sonrisa de la cara.

Esto ya no se cura durmiendo.

Floro

Me salivaba la boca después de vomitar, hija. Me sabía a metal. A ácido. A mineral.

Pero ya estoy bien.

Ya me bañé, ya me peiné, ya me hice la raya del pelo por la mitad, ya me afeité, ya me apliqué loción, ya me puse una muda de ropa nueva y limpia.

Nada para sentirse mejor que una ducha con agua caliente.

Soy un hombre nuevo.

Ya salí al balcón del apartamento, ya me paré en el borde, ya sentí el viento rozándome el rostro, ya miré fijamente el vacío, ya ordené a mis rodillas que se doblaran para impulsarme un poco, ya me imaginé reventándome la cabeza contra la fuente central del condominio.

Pero las rodillas no me hicieron caso.

Menos mal, mi amor, habríamos salido en los periódicos amarillistas, en internet, en las redes sociales. Te hubiera destrozado la vida.

Menos mal que tienes un padre que piensa en ti, mi amor.

Don Ciro es un hombre gentil y cumplido, nenita.

Ya envió el giro. Ya tengo el dinero en el banco.

Lara

Ya tengo la maleta lista, papá.

Voy a volver a casa en cuanto encuentre el camino al aeropuerto.

Debe haber un aeropuerto todavía.

O el puerto.

Siempre hay barcos en el mar.

No hace sol. Hay una nube delgadita sobre el cielo azul. Como una tela blanca.

Con esta luz me brillan las cicatrices de los brazos.

Pobre, mi madre. Me viera las cicatrices lloraría. Hay que entenderla, papá. Se imaginaba cosas de ti y de mí.

Tranquila, mamá, yo te entiendo.

No hace sol.

Floro

Ahora la cama es para mí solo.

Toda.

Y la televisión.

Ver mis programas favoritos.

Nunca más los noticieros.

Nunca.

Comedias románticas.

Como las que te gustan.

Voy a hacer un listado de comedias tontas para que veamos, ¿te parece, mi vida?

Ciro

Lo bueno del ciclón es que acabó con los parlantes del hotel.

No más *jazz*.

No más música.

Ojalá que al tipo que ponía la música se lo haya llevado el viento.

Ahora el silencio.

Solo el grito de las gaviotas.

Y el silencio.

Floro

Han vuelto los vómitos.

El proceso de vomitar implica varias fases, mi amor, no es una cosa fácil.

Primero se produce un estímulo del quimiorreceptor cerebral que activa el sistema nervioso motor, parasimpático y comprensivo.

Luego, el sistema nervioso parasimpático ordena la salivación creciente.

Después el sistema nervioso parasimpático envía un estímulo para cerrar la tráquea y proteger los pulmones contra la aspiración. Si no, te puedes ahogar con tu propio vómito.

Estudié Medicina en Harvard, ¿te acuerdas?

Lara

O nadar.

Nadar hasta el continente.

Ya puedo nadar. ¿Te lo dije antes, papá?

Antes pude nadar y no me dolieron los brazos.

Como si nunca me hubiera pasado nada en los brazos.

Puedo nadar hasta la casa.

De pronto la sal me quita este olor a viejo.

Ciro

Jajajajajajajajajajaaja…

Volando de isla en isla… jajajaja… al ritmo del calipso…

Jajajajajajaja…

Bien hecho, por tener el gusto musical en las patas.

¡Ay, Dios, qué dolor!
Jajajajajajaja…
Con su música a otra parte…
Jajajajajajaja…

Floro

Los teléfonos suenan todo el tiempo.
No voy a contestar.
Voy a prepararme unas tostadas francesas. Huevos, aceite, tostadas y sal.
Hay gritos allá abajo.
No me voy a asomar a la ventana.
La vida tiene que seguir.
Tostadas francesas hasta atragantarme.
¿Cómo se guardan los programas de televisión, nena?

Lara

No hay aeropuerto, como lo sospechaba.
El ciclón casi tumba la torre de control.
Cancelados todos los vuelos.
¡Vida hijueputa!
Todo el mundo se dirige al puerto.

Floro

Necesito que entiendas una cosa, mi amor. Para mí, lo primero es la familia. Todo esto, todo lo que está pasando, todo este espectáculo tan bochornoso no es más que el resultado de mi férrea convicción de defender una idea de familia. Y, cuando

tú defiendes eso con tanto ahínco como yo lo he hecho, siempre aparecen opositores dispuestos a destruirte a como dé lugar. Me quieren destruir. Nos quieren destruir, nenita.

Lara

No hay suficientes barcos, papá.

Voy a tener que esperar.

Los ancianos y los niños primero.

Y hay cientos de ancianos y de niños.

Maldita sea.

Voy a tener que esperar varios días hasta que vengan más barcos.

No quiero esperar.

Voy a tener que nadar.

Floro

Te amo, hija.

Lara

Voy a tener que nadar.

Ya estoy parada frente al muelle.

Hay un muelle, papá, no te lo había dicho. Un muelle cerca del puerto.

Ya estoy de pie mirando al mar de magnesio desde el muelle.

No hay gaviotas.

No hay sal.

No hay falda.

No me había dado cuenta, papá, he estado deambulando por la isla sin falda.

Busco entre el estropicio una falda.

No veo faldas, solo lanchas que se agolpan cerca del muelle.

Reconozco una.

Es la barca del pescador.

El asqueroso pescador de la flor.

Me reconoce también.

Se acerca.

Ya no le tengo miedo.

Se acerca sin decirme nada.

Me mira de arriba abajo.

Me pregunta si estoy bien y no sé qué contestarle.

¿Qué le puedo decir, papá?

El pescador se agacha, se arrodilla, se quita la camiseta sucia y me limpia las piernas.

Tengo las piernas llenas de barro, papá.

Barro, arena, agua salada, hojas de árbol.

Y sangre.

El pescador se unta la mano de sangre y me mira.

Me pregunta si estoy bien.

Y no le digo nada.

Solo lloro.

Lloro, papá.

Lloro como una niña perdida.

Lloro con ganas.

Lloro sin poder detener el llanto.

Lloro gimiendo.

Lloro ahogándome.

Vida hijueputa, lloro frente a un maldito pescador que antes quiso manosearme.

"Tranquila", me dice.

Y me sigue limpiando con su camiseta roída.

"Tranquila", me dice, "*debe ser que ya te estás convirtiendo en sirena*".

Eso me dice.

Y yo no puedo creerlo.

Y dejo de llorar.

Y lo miro con furia, con ira, con rabia, lo miro con asco, con la sangre agolpándose en mi cabeza.

No sé cómo pasa.

Simplemente le planto una cachetada.

Lo insulto, lo maldigo, lo escupo, lo puteo.

Y él me sonríe.

¿Por qué me sonríes, bobo hijueputa?

¿Por qué?

Otra cachetada.

Y otra.

Y puños, patadas, escupitajos, gritos, mordiscos, tirones de pelo, golpes.

Él apenas se defiende.

Defiéndete, malparido, opón algo de resistencia.

¿No ves que te estoy puteando?

Defiéndete, malparido.

Malparido.

Y entonces lo empujo, papá.

Lo empujo.

Y el pescador cae.

Cae de cabeza.

El pescador se revienta la cabeza contra los soportes metálicos del muelle.

Hay sangre en el mar de mercurio.

El pescador flota.

Flota bocabajo.

Con su cabeza abierta.

Y me siento mejor al verlo flotando.

Ya puedo respirar, ya puedo abrir el pecho, ya puedo llenar mis pulmones de aire, ya puedo gritar.

Y grito.

Lanzo un alarido al mar.

Y me siento mejor.

Y me alejo del muelle.

Y camino unos metros.

Y el cuerpo sigue allí, flotando, dejándose mecer por la leve marea.

Ya pasó.

Pasó y es lo mejor que pudo pasar.

Floro

Te quiero mucho, hijita.

Lara

Camino por el borde de la playa siguiendo el rumbo de la carretera.

No hay nadie, ya todos están en el puerto.
La isla destrozada para mí sola.
Voy a nadar.
Voy a ir nadando hasta el continente.
Espérame.
El mar está calmo.
En cinco días estaré junto a ti.
Espérame, papá.
Me meto en el agua.
El mar me moja los tobillos.
Entro más.
Ya tengo las piernas limpias.
Ya no hay barro, ni arena, ni hojas, ni sangre.
Ya no hay nada.
Un niño desnudo camina en la orilla del mar, a unos metros de mí.
Recoge peces muertos.
Recoge caracoles.
Recoge ostras.
Recoge gaviotas estrelladas.
Se saborea mientras las recoge.
Se come una ostra sin pensárselo mucho.
Lo recoge todo y se va.
Se va para su casa.
Hoy tendrán un banquete en la mesa.
Los hijos deben ayudar a sus padres.
Es ley de vida.

Telón

MATÍAS MALDONADO LOBOGUERRERO

SEGUNDO PUESTO

Autor, actor y director de teatro, televisión y cine. Maestro en Artes Escénicas de la Universidad Federal de Bahía (Brasil). Ha escrito, entre otras obras, *El tren de la memoria* (2015), *Três homens bons* (2014) y *El deber de Fenster* (Premio Fanny Mikey, 2010), así como diversas adaptaciones escénicas. En el campo del cine ha participado en la escritura del guión de los largometrajes *Amazonas* (2014), *Nochebuena* (2008) y *Paraíso Travel* (2006). Ha actuado en una veintena de montajes teatrales, en diversas producciones para televisión y en siete largometrajes de ficción, entre los que se destaca su papel protagónico en la película *Nochebuena* (2008), por el que recibió el Premio a Mejor Actor Extranjero en el 37º Festival de Cine de Gramado (Brasil, 2009). En el campo audiovisual ha dirigido los cortometrajes *Cristal Lux* (2017), *El cuento del venado* (2016), *Apuntes sobre la fiesta del*

toro (2004) y *Las furias zalaméicas* (1999). Fundó la compañía de teatro Ruryk de la Universidad Nacional, con la que montó bajo su dirección las obras *Mozart y Salieri* (1998), *La importancia de llamarse Ernesto* (1999) y *La adoración de los magos* (2001). En 2014 fundó, junto a Alberto Valdiri y Hernán Cabiativa, el Teatro del Embuste (www.elembuste.com), agrupación de la que es director y con la cual ha llevado a escena *La secreta obscenidad* (2014), *Rebú* (2015), *Sabana glacial* (2016) y *La comedia de los subnormales* (2017).

TÉCNICA MIXTA

Obra dramática en cinco escenas y un epílogo abierto para dos actores y una instalación

PERSONAJES

Lucio

Dangond

Desde hace treinta horas
las granadas
llueven sobre nosotros desde todas partes.

Una de ellas
ha sobrevolado ahora
este poema.

Ha sido lanzada desde el Mrkovici
donde antes de la guerra cogía margaritas
con la mujer que amo.

Izet Sarajlic

La sala de algún museo de arte contemporáneo en una fría ciudad del norte de Europa. Para la ocasión puede tratarse de Oslo (Noruega), en el más crudo invierno. Es el interior de una gran instalación artística que abarca las cuatro paredes que bordean el espacio escénico, así como su piso y techo. Hay una banca en el medio donde eventualmente se sientan los personajes. Los espectadores, por su parte, ocupan los cuatro costados del escenario, de modo que la referida instalación solo es visible a través de los ojos de la imaginación, apenas sugerida por las acciones y palabras de los personajes.

EL SITIO DE SARAJEVO

Entra Lucio, medio apurado, atendiendo las indicaciones de alguien que le habla desde otro recinto, fuera del escenario. Lleva puestos varios abrigos, bufanda, guantes y gorro para el más crudo invierno. Una vestimenta algo excesiva para el interior de un museo.

Lucio

Yes, Sarajevo... This one? Ok. Thank you, thank you very much.

(*Tras percatarse de que no hay nadie y sin fijar aún su vista en la instalación, Lucio va directo al banco. Se sienta. Mira su reloj; ve que está parado, le da un pastorejo pero las agujas siguen sin moverse.*

Tiene calor, por lo que se despoja de sus gruesos abrigos hasta quedar en mangas de camisa. Solo entonces se interesa por la instalación, fijándose en determinados detalles que lo hacen pararse para poder verlos desde más cerca. Saca su celular y comienza a grabar un video, pero las luces de la instalación se apagan de inmediato y se escucha una voz amplificada.)

Voz femenina

(*Primero en noruego y luego en inglés.*) Se ruega a los participantes de *El sitio de Sarajevo* apagar sus aparatos de telecomunicación o entregarlos antes de ingresar a la sala.

(*Lucio hace caso omiso. Continúa grabando. La voz lo interpela de nuevo.*)

Voz femenina

(*Primero en noruego y luego en inglés*.) Se ruega a los participantes de *El sitio de Sarajevo* apagar sus aparatos de telecomunicación o entregarlos antes de ingresar a la sala.

(*Lucio sigue sin darse por aludido. Termina de grabar y procede a mandar un mensaje. Su teléfono se apaga súbitamente*.)

Lucio

¿Y esta mierda?

(*Trata de prender de nuevo su celular, pero es inútil*.)

Lucio

Si yo lo cargué esta mañana...

(*Inquieto, coge sus ropas y se dirige hacia la salida.*

Justo en ese momento viene entrando Dangond. Con la misma edad que el otro, Dangond tiene un aire mucho más juvenil, moderno y excéntrico. Sus pantalones son de cuero, como de vaca Holstein. Lleva un saco de cachemir color berenjena y gafas oscuras de caparazón de tortuga. Sus modales son discretamente afeminados y es ligeramente gordo. Al contrario de Lucio, ha dejado sus abrigos en el vestíbulo. Tiene la ropa adecuada para un interior con calefacción.)

Dangond

Hola.

(*Hay un primer momento de incomodidad entre los dos, no saben si saludarse de mano o de abrazo o apenas con la vista.*

Lucio acaba por estirar la mano y el otro se la da. Se ríen. Lucio parece estar más nervioso que Dangond.)

Lucio

Mucho gusto, ¿cómo le va?

Dangond

Bien, bien. ¿Y usted?

Lucio

Muy bien, gracias.

Dangond

Ya. Qué bueno.

Lucio

Sí. Bien. Tranquilo.

Dangond

¿Llegó hace mucho?

Lucio

Bueno, pues...

Dangond

Discúlpeme. No acostumbro llegar tarde.

Lucio

No se preocupe, fueron solo...

Dangond

Detesto el incumplimiento.

Lucio

Yo también.

(*Una brevísima pausa le permite a Lucio entender que su comentario no fue muy afortunado. Trata de resolver el* impasse.)

Lucio

Digo, cuando hay que esperar horas... Pero le repito, fueron solo cinco minutos...

Dangond

No me lo había dicho.

Lucio

¿Qué cosa?

Dangond

Lo de los cinco minutos. Dijo: le repito, fueron solo cinco minutos. No me lo había dicho, ergo no me lo estaba repitiendo.

Lucio

Tiene razón.

(*Dangond le sonríe, se lleva las gafas a la coronilla y se pone a contemplar en silencio la instalación en sus 360 grados. Lucio no sabe qué hacer mientras tanto. Saca su celular. Lo intenta prender de nuevo, pero es inútil.*)

Dangond

(*Tras la larga pausa contemplativa.*) Es increíble, ¿no?

Lucio

¿Se refiere a...?

Dangond

El sitio de Sarajevo.

Lucio

¿Qué cosa?

Dangond

La instalación: *El sitio de Sarajevo* de Nikola Petrovic.

Lucio

Ah, sí, claro. Linda. Impresionante, como usted dice.

Dangond

Siempre que estoy en Oslo vengo a verla.

Lucio

Usted es...

Dangond

¿Qué cosa?

Lucio

¿Se dedica al arte?

Dangond

¿Por qué lo dice?

Lucio

Pensé. La idea de verse en un museo...

Dangond

No exactamente al arte. O bueno, sí...

(*Dangond se queda en silencio. Lucio sigue sin saber cómo reaccionar. Trata de ser paciente, pero la actitud de Dangond lo desconcierta. Cuando va a decir algo, aquel lo interrumpe.*)

Dangond

¿Y usted? ¿A qué se dedica?

Lucio

Creo que sabe a qué me dedico. El país conoce mi trayectoria.

Dangond

Hace años que no voy por allá.

Lucio

Me dedico a la política. Soy representante a la Cámara por el Tolima.

Dangond

Lo que se hereda no se hurta, como dicen.

Lucio

¿Quiénes?

Dangond

Quiénes, ¿qué?

Lucio

¿Quiénes dicen eso?

Dangond

Que sé yo… La gente... es una expresión.

Lucio

Ya. ¿Y usted?

Dangond

¿Qué heredé o qué hurté?

(*Dangond mira fijamente a Lucio, que vacila en responder, intimidado*.)

Lucio

Quiero decir: ¿a qué se dedica? Al fin no me dijo.

Dangond

Tolima... La tierra de su papá.

Lucio

Y la mía por adopción.

Dangond

¿Conoce Saldaña?

Lucio

Por supuesto. Adoro Saldaña.

Dangond

Mi tío... o mejor, mi tía, tenía una finca allá, junto al río. Siempre íbamos a pasar la Semana Santa. Con ella no había que ir a tanta misa. Pobrecita.

Lucio

¿Por qué lo dice?

Dangond

Sin nadie que la defendiera... Sola entre tantos pipís...

(*Dangond se ríe por su recuerdo*.)

Lucio

Era...

Dangond

Transexual. Mi tío fue el primer transexual del país, como usted llama a ese moridero...

Lucio

Transexual... ¿El hermano de su papá? No tenía ni idea.

Dangond

El chiquito.

Lucio

¿Eran cuántos?

Dangond

Dos mujeres, dos hombres y Casimiro, mi tío; Kasandra, le dio por llamarse cuando se volvió mujer.

Lucio

¿Casandra?

Dangond

Pero con K. El pobre ni sabía quién era la de verdad, la griega. Qué iba a saber, si no sabía ni leer. Pero le sonaba bonito, exótico... ¡Kassssandra!

Lucio

Y su papá, ¿qué opinaba?

Dangond

Nunca le importaron esas cosas. Hasta le financió la cirugía.

Lucio

Muy comprensivo..., su padre.

Dangond

¿Le parece?

Lucio

(*Sonriendo, divertido*.) Perdone la franqueza, pero una cosa es que el hermano de uno sea..., cómo le digo..., raro..., y otra es que uno le financie..., usted sabe.

Dangond

¿Por qué es que adora Saldaña? ¿Votaron muchos por usted?

Lucio

Hubo una importante votación, sí. Pero no fue de eso de lo que vinimos a hablar. ¿No es cierto?

Dangond

No.

Lucio

Noto cierta agresividad en sus palabras.

Dangond

¿En las mías? Para nada.

Lucio

Lamento si dije algo inapropiado.

Dangond

Para nada.

Lucio

Estamos totalmente comprometidos con la defensa de la diversidad sexual.

Dangond

¿Quiénes?

Lucio

¿Sí ve? Parece como si quisiera atacarme.

Dangond

Nada de eso.

Lucio

Debe ser impresión mía, entonces.

Dangond

Debe ser.

Lucio

Qué raro...

Dangond

¿Qué cosa?

Lucio

Que solo sea impresión mía.

Dangond

Muy raro, sí.

Lucio

Parece como si en el fondo usted me quisiera decir algo y no fuera capaz. Está todo el tiempo a la defensiva.

LA CARTA

Dangond

Primero, no estoy a la defensiva. Y segundo, todo lo que le quería decir se lo dije en la carta.

Lucio

¿Y entonces para qué me hizo venir?

Dangond

Yo no lo hice venir.

Lucio

La idea no fue mía.

Dangond

Pensé que estaría de acuerdo.

Lucio

Lo estuve.

Dangond

¿Y entonces?

Lucio

¿Lo ve? Se pone agresivo.

Dangond

Le repito. No estoy siendo agresivo.

Lucio

¿Ah no?

Dangond

Le pido que me disculpe si lo percibió de ese modo.

Lucio

No se preocupe.

Dangond

Es natural que tenga dudas.

Lucio

Cierto, sí. Es natural. Pero quiero que sepa que creemos en la buena fe de su iniciativa.

Dangond

¿Y doña Blanca?

Lucio

¿Mamá?

(*Dangond asiente*.)

Lucio

¿Qué hay con ella?

Dangond

¿Cómo está?

Lucio

¿Por qué el interés?

Dangond

¿Sigue igual de bonita?

Lucio

Supongo que un poco más vieja.

Dangond

Dele un saludo de mi parte.

Lucio

Se lo daré, no se preocupe.

Dangond

Algún día me gustaría volver a verla.

Lucio

¿La conoció?

Dangond

Digamos que sí.

Lucio

Ya...

Dangond

Como le decía, le agradezco que haya creído en la buena fe de mi invitación.

Lucio

No tiene por qué. Si no lo hiciera, no estaría aquí.

Dangond

Me preguntaba a qué me dedico.

Lucio

Cierto. ¿Es artista?

Dangond

Nunca he sido muy bueno para la creación.

Lucio

¿Coleccionista?

Dangond

Ya quisiera.

Lucio

¿Crítico?

Dangond

¿Tengo modales de crítico?

Lucio

Bueno, no sé... No lo conozco.

Dangond

Compro y vendo arte. Nada excepcional. Artistas jóvenes de aquí y de allá.

Lucio

Qué interesante, es...

Dangond

Dealer.

(*Al oír esa palabra, Lucio no puede evitar un sonrisa nerviosa. Dangond también sonríe*.)

Dangond

Dicen que Petrovic no paró de trabajar ni un solo minuto durante los casi cuatro años en que Sarajevo estuvo sitiada por el Ejército Popular Yugoslavo y las fuerzas de la República Srpska. Como si quisiera hacer una descripción casi clínica del modo en que su ciudad se iba transformando por la guerra, un inventario en tiempo presente de lo que muy pronto dejaría de existir. Los edificios, los animales, la gente... Una especie de autopsia viva de la guerra.

Lucio

No sé mucho de arte.

Dangond

Algunos lo acusaron de ser indiferente al dolor. De aprovecharse del sufrimiento de las víctimas para hacerse famoso. Otros,

la mayoría, lo vieron como un mártir de la resistencia, como un activista político. Su arte, pensaban ellos, no debería servir para decorar museos, sino para construir barricadas. Municiones para defenderse del enemigo.

Lucio

El enemigo...

Dangond

Sobra decir que no estoy de acuerdo con ninguna de las dos hipótesis.

(*Dangond hace una pausa larga. Lucio se impacienta.*)

Dangond

Lo que Petrovic trataba, creo yo, era describir, casi que transcribir literalmente el horror de la guerra. La que fuera. Viniera de donde viniera. No para llamar a la sangre ni para hacerse famoso, sino, al contrario, para encontrar las semejanzas en lo que nos divide. Para hermanar a los contrarios. Y, en últimas, simplemente para no olvidar. No me imagino a Petrovic vestido de uniforme. Le gustaban demasiado los muchachos como para que lo dejaran enrolarse en algún ejército.

Lucio

Ya...

Dangond

¿Cómo fue el viaje?

Lucio

Bien.

Dangond

¿Sin contratiempos?

Lucio

No.

Dangond

¿*Jet lag*?

Lucio

Un poco.

Dangond

¿Y el hotel?

Lucio

Normal. Bien.

Dangond

Qué bueno. ¿Ya probó los profiteroles?

Lucio

¿Los profiteroles? No. ¿Por qué?

Dangond

Son increíbles.

Lucio

Qué bien.

Dangond

Mi vieja es adicta. El médico se los prohibió, pero ella no se puede resistir. Esté donde esté, siempre me pide que vaya al Ritz y le compre unos profiteroles.

Lucio

¿Vive con su mamá?

Dangond

No, ella está en Montevideo. Nos vemos dos veces al año.

Lucio

Ya. ¿Y... tiene problemas de azúcar?

Dangond

Diabetes grado 2. Mis abuelos tenían, mi viejo también..., supongo que dentro de poco me tocará a mí.

Lucio

Es bueno cuidarse.

Dangond

Siempre uso condón.

(*Lucio queda un poco desconcertado. Dangond se ríe. Lucio lo sigue. Se ríen sin tapujos, como sacando el nerviosismo que ambos sienten. Cuando baja la marea...*)

Dangond

Es paradójico, ¿no le parece?

Lucio

¿Qué cosa?

Dangond

Que para tratar de parar una guerra, una obra de arte pueda convertirse a su vez en un instrumento de guerra.

Lucio

¿Por qué lo dice?

Dangond

Petrovic. Acabó convertido en el adalid de aquello que más odiaba. Es su dimensión trágica: buscaba la paz, pero trajo sangre y destrucción.

Lucio

Si quieres la paz, prepárate para la guerra.

Dangond

Sí, he oído la frase.

Lucio

¿Y qué le parece?

Dangond

Un cliché de la derecha.

Lucio

Ya.

Dangond

¿Hasta cuándo?

Lucio

Un cliché de la izquierda.

Dangond

¿Perdón?

Lucio

Nada.

Dangond

Es el peligro de favorecer una hegemonía de la recepción, despreciar la posible intención del artista para preguntarse,

únicamente, qué siente el espectador, qué sentimos nosotros, qué siente usted.

Lucio

Como le decía, yo...

Dangond

Quizás habría que volver a preguntarse sobre sus motivaciones profundas. ¿Por qué Petrovic hizo lo que hizo?

Lucio

No sé mucho de arte. (*Tratando de distensionar, gracioso*.) Pero si quiere hablamos de fútbol.

Dangond

¿También juega?

Lucio

¿Quién más juega? ¿Usted?

Dangond

No. Su papá.

Lucio

Al fin llegamos.

Dangond

Mi papá decía que era un excelente volante de marca.

Lucio

¿Eso decía?

Dangond

Vinimos a hablar de fútbol, ¿cierto?

Lucio

Porque si quiere podemos seguir hablando de su tal... Petrovic.

(*Dangond sonríe. Lucio saca su celular, como por reflejo. Constata que sigue apagado y que es inútil encenderlo.*)

ATENDIENDO EL LLAMADO

Dangond nota el desconcierto de su interlocutor, pero no le presta atención y continúa con la charla.

Dangond

¿Leyó la carta?

Lucio

¿Qué cree?

Dangond

¿Qué le pareció?

Lucio

¿Por qué la escribió?

Dangond

Llevo veinte años en esas.

Lucio

Está muy bien escrita.

Dangond

¿Le parece?

Lucio

Nunca me imaginé que fuera así..., usted, quiero decir. Me lo imaginaba diferente.

Dangond

¿Cómo?

Lucio

No sé.

Dangond

¿Un comunista barbudo y pulgoso?

Lucio

No quise decir eso.

Dangond

Pero lo pensó.

Lucio

Es cierto.

Dangond

Nadie imagina que el hijo de un marxista-leninista pueda convertirse en una loca performática.

Lucio

Si usted lo dice.

Dangond

Le escribí, bueno, les escribí porque creo que a estas alturas lo que necesito —lo que necesitamos— es pasar la página. El pasado es pasado; no hay marcha atrás. Pero para seguir hacia adelante deberíamos darnos la mano. ¿No cree? Que yo los perdone y ustedes me perdonen.

Lucio

¿Por qué? Usted no nos ha hecho ningún mal.

Dangond

Directamente no, pero...

Lucio

Igual, gracias. Mi familia y yo le agradecemos mucho su gesto.

Dangond

Tampoco me lo tiene que agradecer. Es algo que nos estábamos debiendo.

Lucio

¿Nos?

Dangond

Su familia y la mía, doña Blanca, usted y yo, como lo quiera decir.

Lucio

La reconciliación comienza por el perdón.

Dangond

¿Eso cree?

Lucio

¿Qué cosa?

Dangond

Que uno deba poner la otra mejilla.

Lucio

¿Es cristiano?

Dangond

¿Cree que lo soy?

Lucio

No sé. Yo, personalmente, creo en Dios y en la Virgen.

Dangond

Bien por usted.

Lucio

Noto cierta ironía.

Dangond

En lo más mínimo.

Lucio

No quise ofenderlo.

Dangond

El perdón...

Lucio

Sí, le decía, para nosotros ha sido muy difícil, pero al mismo tiempo muy positivo todo lo que usted ha hecho.

Dangond

¿No vinieron?

Lucio

No. Mamá está un poco impedida.

Dangond

¿Doña Blanca? ¿Qué tiene?

Lucio

Lo normal.

Dangond

¿83 es que cumplió?

Lucio

Sí, ¿cómo lo sabe?

Dangond

¿Y su hermana? ¿Tampoco vino?

Lucio

Bueno, ya sabe, con tanto por hacer...

Dangond

¿Y luego qué tanto hace?

Lucio

¿Mi hermana? Trabaja con el gobierno.

Dangond

¿Algún ministerio?

Lucio

El de hacienda. Es viceministra de hacienda.

Dangond

Viceministra...

Lucio

Sí.

Dangond

Mi viejo decía que le hubiera gustado serlo.

Lucio

¿Ser qué?

Dangond

Viceministro, vicepresidente, subcomandante... Qué sé yo. Ser el segundo. Estaba cansado de ser siempre el primero.

(*Lucio asiente, pero no responde*.)

Dangond

Su papá también.

Lucio

¿Qué cosa?

Dangond

Siempre fue el primero, el líder.

Lucio

Bueno, más o menos, sí.

Dangond

¿Y usted?

Lucio

No sé. Creo que no soy tan bueno como él.

Dangond

¿Tendría que serlo?

Lucio

Tiene razón. Es difícil.

Dangond

¿Crecer a la sombra de un héroe?

Lucio

Algo así.

Dangond

Es más fácil que hacerlo a la sombra de un monstruo.

Lucio

Si usted lo dice.

Dangond

¿Qué tiene doña Blanca?

Lucio

¿A qué se refiere?

Dangond

No me explicó por qué estaba impedida.

Lucio

¿Por qué tiene tanto interés en mi mamá?

Dangond

¿Sabe qué es lo más fascinante de Petrovic?

Lucio

(*Alzando la voz*.) ¡No! ¡¡No tengo ni idea qué es lo más fascinante de Petrovic!!

(*El sonido de la instalación se interrumpe para dar paso a sonidos de guerra: bombas cayendo, explosiones, disparos a un volumen atronador. Lucio queda un poco aturdido, en silencio. Cuando vuelve la calma*.)

Dangond

¿Quiere que vayamos a otro lugar?

Lucio

Entiéndame, son temas sensibles.

Dangond

También lo son para mí. Ustedes no han sido las únicas víctimas.

Lucio

Las únicas no, pero sí las primeras.

Dangond

¿Eso cree?

Lucio

No lo digo yo. Es la historia.

Dangond

Su historia. No la mía.

Lucio

Ah sí. ¿Y cuál es la suya?
(*Dangond se ríe*.)

Dangond

¿Ya almorzó?

Lucio

No.

Dangond

¿Y tiene hambre?

Lucio

¿Qué horas son?

Dangond

No sé. No uso reloj.

Lucio

Yo sí, nunca me despego de él, pero no entiendo qué pasó. Juraría que al entrar aquí mi reloj se detuvo. Qué extraño.

(*Dangond lo mira entre desconcertado y burlesco*.)

Lucio

En serio.

Dangond

Le creo, no se preocupe.

Lucio

Y el celular también. De repente se apagó y no logro prenderlo de nuevo.

Dangond

(*Sonríe*.) Son las gracias de Petrovic.

Lucio

¿A qué se refiere?

Dangond

¿Necesita saber la hora para ver si tiene hambre?

Lucio

Sí. Es un poco así. Nunca se me ocurre almorzar si no sé que ya es la hora del almuerzo.

Dangond

Yo en cambio siempre tengo hambre. Me levanto y tengo hambre. Como y sigo con hambre. Cago y me da más hambre. Me acuesto pensando en lo que voy a desayunar al día siguiente.

Lucio

Debería estar más gordo.

Dangond

Tampoco es que esté en forma.

Lucio

En forma no, pero tampoco está gordo.

Dangond
Un poquito.

Lucio
Nada de eso.

Dangond
¿Le parece?

Lucio
Absolutamente.

Dangond
¿Le gusto?
(*Lucio queda desconcertado. Dangond se ríe.*)

Lucio
No, no es eso.

Dangond
Qué mal. Porque usted aguanta. Haríamos una linda pareja.

Lucio
Es usted...

Dangond
¿Cacorro?

Lucio

No pensaba usar ese término.

Dangond

A veces siento nostalgia de esas palabras que usan ustedes... Cacorro, pirobo, garbimba, chumbimba.

Lucio

No son las palabras que más uso.

Dangond

¿Qué tiene ganas de comer?

Lucio

No sé. ¿Cuál es la especialidad?

Dangond

Depende. ¿Quiere ir ya?

Lucio

¿Le parece si nos tomamos antes una foto?

Dangond

¿Foto?

Lucio

Digo..., como prueba de nuestra...

Dangond

¿Reconciliación?

Lucio

Algo así.

Dangond

Porque hacen un gravlax increíble aquí a la vuelta.

Lucio

¿Gravlax? No sé qué es...

Dangond

Es un aperitivo escandinavo: rodajas muy finas de salmón curadas en sal, azúcar y eneldo.

Lucio

Ya..., entiendo. La verdad no soy muy aficionado al salmón. De hecho soy alérgico. ¿Una carne, tal vez?

Dangond

Bien. ¿Por qué no? Aunque también hay un japonés, *pas mal du tout*.

Lucio

Odio la comida japonesa. Pescado crudo.

Dangond

También cocinan algunas cosas.

Lucio

Hay que quitarse los zapatos, sentarse en el suelo...

Dangond

(*Riéndose*.) En este no le toca hacer nada de eso.

Lucio

Creo que me quedo con la carne.

Dangond

Perfecto. Carne. ¿Vamos?

Lucio

¿Y la foto?

Dangond

¿Vino por una foto o para que charlemos?

Lucio

¿Y usted?

LA HISTORIA AL REVÉS

Ante el silencio de Dangond, Lucio comienza a ponerse sus abrigos y ropajes para el frío. Cuando ya está listo, le hace seña al otro para que siga.

Lucio

¿Vamos?
(*Dangond no se mueve.*)

Dangond

Siempre se arrepintió de haber dado la orden.

Lucio

¿Cuál orden?

Dangond

Usted sabe.

Lucio

¿Se arrepintió?

Dangond

Sí.

Lucio

¡A buena hora!

Dangond

Fue una decisión colectiva.

Lucio

Él estaba al mando.

Dangond

Escuchó a los que no debía.

Lucio

Pero fue él quien dio la orden.

Dangond

Nunca más volvió a dormir. *Macbeth doth murder sleep*...

(*Ambos quedan en silencio, reflexivos*.)

Lucio

¿Por qué lo hizo?

Dangond

Era un desertor y un traidor.

Lucio

¿Y...?

Dangond

Son las leyes de la guerra.

Lucio

¿Lo está justificando?

Dangond

Estaba contra la pared, tenía todo el movimiento detrás, presionándolo.

Lucio

¿Pero él no quería?

Dangond

No es eso.

Lucio

¿Entonces?

Dangond

No sé. No soy mi papá.

Lucio

Pero estuvo con él, algo debió haberle oído.

Dangond

Tenía 9 años.

Lucio

Yo 7.

(*Dangond se queda callado, con algo de vergüenza*.)

Lucio

Siete años y cuatro días.

(*Larga pausa. Lucio se quita el abrigo y el gorro.*)

Lucio

Mucho después hice la cuenta. Años después... Cuando entendí que nunca más lo iba a volver a ver. Y desde entonces, cada día le agrego a la cuenta otro día más. Y otro más, y otro más. Mamá había organizado una fiesta, una piñata. Yo cumplía años el martes, pero ella resolvió que la fiesta tenía que ser el sábado siguiente. En la casa ella era la que decidía esas cosas. Papá estaba encima de una silla. Parado sobre el mimbre, y mamá lo regañó porque, usted sabe, el mimbre se podía romper. Estaba vestido de negro. Con la corbata roja y su colonia. (*Inspira, recordando.*) Ya tenía el chaleco puesto. Los últimos días, mamá no dejaba que se lo quitara ni en la casa. Antes de que se despertara, ella ya se lo había amarrado, como si aferrarse a un miserable chaleco antibalas pudiera servir de algo. El caso es que, ese día, ambos estaban discutiendo por el color de los globos. Ella le pasaba de unos y otros, pero él solo inflaba los rojos. Y mamá: que esta no es una reunión del partido, sino la piñata de su hijo. Pero nada: él solo inflaba los rojos. Como un niño, como si lo único que le importara en la vida fuera inflar globos rojos. (*Pausa.*) Fue la última vez que lo vi.

(*Lucio mira al infinito y guarda silencio. Dangond, incómodo, no sabe si abrazarlo o hablarle. Por un momento, Lucio logra olvidarse de su compostura, siempre políticamente correcta.*)

Lucio

Después llegó Panqueva, ¡el cabezón Panqueva! Traía un regalo todo bien empacadito. Con moña y todo.

(*Lucio se voltea, le habla directamente a Dangond*.)

Lucio

Se me acerca y me canta al oído. De puro mala leche el malparido llega y me dice...

(*Lucio toma aire como para decir lo que Panqueva le dijo tiempo atrás, pero se arrepiente y solo lo piensa*.)

Lucio

Me agarra de los brazos. Me aprieta. Aquí. (*Señalando su brazo, justo abajo del hombro*.) Con sus uñas, me aprieta, y no me suelta. Mamá ya venía saliendo para recibir a los invitados y agradecerle a los papás y todo eso.

(*La mención de la mamá de Lucio saca a Dangond de su ensimismamiento*.)

Lucio

Y la mamá de Panqueva..., como un chulo..., se le lanza a mamá y la abraza..., y luego se me bota a mí y casi me ahoga... y llora... y gesticula... y grita. Y llora más. Ya se había enterado. Todo el mundo ya se había enterado. Todos menos nosotros.

(*Lucio guarda silencio, Dangond también. Después de una larga pausa...*)

Dangond

Lo siento mucho.

(*Lucio lo observa sin responder. Mira su reloj, aún detenido. Le da un pastorejo, pero nada. Se limpia las lágrimas y se recompone. Dangond se pone de pie.*)

Dangond

¿Vamos por esa carne? Me acordé de un sitio fantástico. Acaban de contratar a un argentino miserable. Un pobre diablo indocumentado, pero ¡qué parrillero! ¡Cocina unos chuletones de res!

Lucio

¿Siempre se muestra tan comprensivo?

Dangond

¿Perdón?

Lucio

Como le dije.

Dangond

No entiendo.

Lucio

¿Qué parte?

Dangond

Creo que se trata de un malentendido.

Lucio

Si usted lo dice...

Dangond

¿Vamos?

Lucio

¿A quién más le escribió?

Dangond

¿Le escribí qué?

Lucio

La carta, qué digo, el *mail*. ¿Cuántos fueron? ¿Cien? ¿Quinientos? ¿A cuántos de los suyos tuvieron que matar para darse cuenta de su estupidez?

(*Dangond guarda silencio*.)

Lucio

Hace bien su papel.

Dangond

¿Qué papel?

Lucio

¿Qué se propone?

Dangond

¿Cómo así?

Lucio

¿Limpiar el nombre de su papá?

Dangond

Le repito que no entiendo a qué se refiere.

Lucio

Puede decírmelo tranquilo. Es su turno de desahogarse: ¿para qué nos escribió esa carta? Los crímenes no se heredan; su papá podía ser un criminal y un asesino, pero eso no lo hace a usted ni un hampón ni un asesino.

Dangond

Ni a usted.

Lucio

Mi papá no era ningún criminal.

Dangond

El mío tampoco. Era solo un revolucionario.

Lucio

(*Riendo, irónico*.) ¿Ser revolucionario es matar? ¿Secuestrar? ¿Sembrar el terror a su paso?

Dangond

No sé. Tendría que haberle preguntado a su papá. Al fin y al cabo también él ayudó a fundar la organización.

Lucio

¿Sabe una cosa? Me encantaría hacerlo; el problema es que está muerto.

Dangond

Pregúntele entonces a doña Blanca.

Lucio

¿Qué pasa con mamá?

Dangond

A lo mejor tenga más respuestas de lo que aparenta.

Lucio

¿A qué se refiere?

Dangond

Nada. No me pare bolas.

Lucio

No, dígame lo que me quiere decir.

Dangond

Ya se lo dije: solo quiero que me perdone.

Lucio

¿Para qué?

Dangond

No quiero seguir cargando culpas y remordimientos ajenos.

Lucio

Palabras.

Dangond

Usted y yo necesitamos borrar tantos odios heredados. Comenzar de nuevo.

Lucio

¿Comenzar qué?

Dangond

(*Agresivo*.) Perdón, escogí la palabra incorrecta. No quiero comenzar nada. Nunca he podido comenzar nada. Yo me monté en esta montaña rusa cuando hacía rato había arrancado.

Lucio

¿Cómo van sus procesos? ¿Lavado de dólares, es que es?

Dangond

(*Se ríe*.) Sabía que íbamos a llegar a eso.

Lucio

¿Calumnias de la oposición?

Dangond

Absolutamente.

Lucio

Usted no heredó nada.

Dangond

Parte del acuerdo consistió en que la organización devolviera todas las armas y todos sus activos.

Lucio

¿Y entonces cómo pagaron su colegio? Porque debió ser caro. ¿Con qué plata pagaron el arriendo aquí, y en París y en Montevideo? ¿Con qué plata compra los profiteroles del hotel Ritz? Conteste.

Dangond

Está interpretando todo mal.

Lucio

Sus tiquetes, el hotel para venir a encontrarse conmigo aquí. ¿Quién se los pagó?

Dangond

¿Y a usted? ¿Quién se los pagó a usted?

Lucio

Yo le pregunté primero.

Dangond

Y yo segundo.

Lucio

No se haga el gracioso.

Dangond

No me estoy haciendo el gracioso, solo le pregunté de dónde sacó la plata para venir acá. ¿De sus votantes? Los viáticos. El chuletón que se va a comer. ¿Quién se lo paga? ¿La gente de Saldaña?

Lucio

Los pájaros tirándole a las escopetas.

Dangond

Prefiero ser pájaro que escopeta.

Lucio

Hasta ahora la escopeta ha sido usted y el pájaro nosotros.

Dangond

Las metáforas no le fluyen para nada.

Lucio

No vine a hacer metáforas. Me interesa la verdad. ¿De qué le sirve mi perdón?

Dangond

Ya se lo dije.

Lucio

Y no le creo. No le creo una palabra de lo que ha dicho.

Dangond

Tiene razón.

(*Lucio queda desconcertado. No sabe qué responder.*)

Dangond

Sí tiene algún talento para las metáforas. Un talento precario, es cierto, pero talento al fin y al cabo. ¿No ha pensado dedicarse a la poesía?

Lucio

Sus chistes me saben a mierda. Creo que no vale la pena que sigamos perdiendo el tiempo. Hasta luego.

(*Y va a emprender la salida cogiendo sus ropas de invierno, pero el otro lo detiene.*)

Dangond

Lo siento. No lo puedo evitar: siempre que estoy nervioso me pongo a echar chistes.

Lucio

¿Está nervioso?

Dangond

¿Y quién no? También usted lo está.

Lucio

Tengo mi conciencia tranquila.

Dangond

Yo no estoy hablando de conciencias. Estoy diciendo que usted y yo estamos nerviosos. Es natural. Hay mucho dolor de por medio. Yo también he sufrido.

Lucio

Su dolor me tiene sin cuidado. Permiso.

(*Con su atuendo invernal ya puesto, Lucio se dirige hacia la salida*.)

LAS GRACIAS DE PETROVIC

Al llegar a la entrada se topa con una puerta cerrada. Trata de abrirla, pero está trancada. Lo intenta algunas veces, en vano.

Dangond

Petrovic era demasiado inteligente como para entender que en una guerra no hay buenos ni malos, solo hay unos malos y

otros peores. Y que lo único que se puede hacer es quitarles las armas a todos y encerrarlos bajo llave para que hablen y hablen hasta que se pongan de acuerdo.

(*Lucio vuelve hacia la entrada. Intenta abrir la puerta de nuevo, pero es inútil. Golpea.*)

Lucio

Hola. ¡¡¡Hola!!! ¡Hello! Quiero salir. ¡Please! ¡Help!

Dangond

Es inútil.

Lucio

¿Cómo?

Dangond

No se desgaste gritando. No le van a abrir.

(*Lucio golpea cada vez con mayor fuerza.*)

Lucio

¡Help! ¡Please!

Dangond

Lo apasionante de esta obra es que invierte por completo las relaciones entre el receptor y la obra de arte. No contemplamos una obra, ella nos contempla a nosotros. Nos juzga, nos salva o nos condena.

Lucio

¿Me podría explicar qué es lo que está pasando?

Dangond

No se exalte. De eso se trata *El sitio de Sarajevo*, de que el espectador viva la sensación del aislamiento, la disyuntiva entre seguir destruyéndose o buscar la reconciliación. No como una posibilidad remota, sino como una experiencia viva, amenazante.

Lucio

¿Es otro de sus chistes?

Dangond

No. El chiste es de Petrovic, no mío. Al César lo que es del César.

(*Lucio mira nuevamente su reloj, que sigue detenido. Saca su celular. Sigue apagado y sin atisbos de prenderse.*)

Dangond

No se desespere, amigo.

Lucio

(*Cada vez más molesto.*) Yo no soy su amigo.

Dangond

Todo hace parte de la propuesta del artista: la imposibilidad de comunicarse con el exterior, el tiempo detenido, la cruda

experiencia del encierro, la necesidad de desarrollar un sentido de cooperación.

Lucio

Ya entiendo. Me tiene secuestrado. Veo que siguen usando los mismos métodos.

Dangond

Acudió a esta cita voluntariamente. Hasta donde yo sé, a eso no se le llama secuestro.

Lucio

Quiero salir y no puedo. ¿Cómo le llama a eso?

Dangond

Se trata simplemente de que nos pongamos de acuerdo en salir. Cuando eso ocurra, las puertas se desbloquean automáticamente, no se preocupe. Se habrá cumplido el objetivo de la obra y ambos seremos libres.

(*Fuera de sí, Lucio se le lanza a Dangond y lo empieza a estrangular.*)

Lucio

¡¡¡Imbécil!!!

(*El sonido de la instalación se interrumpe. Suena, a un volumen atronador, el ruido de aviones sobrevolando, bombas cayendo, explosiones. Lucio se detiene. Dangond se incorpora.*)

Dangond

Hay decenas de sensores de volumen y de temperatura corporal. Alarmas ante un escalamiento del conflicto.

Lucio

Por eso me citó aquí.

Dangond

No pensé que decidiera ignorar las advertencias a la entrada.

Lucio

¿Cuáles advertencias?

Dangond

Hay varios carteles.

Lucio

En noruego...

Dangond

Y en inglés.

Lucio

Me gustaría ir al hotel. ¿Puedo salir?

Dangond

No.

(*Lucio, enfurecido, va a la entrada. Golpea la puerta y grita con violencia.*)

Lucio

¡Déjenme salir! ¡Quiero salir! ¡¡¡Abran!!!

(*La alarma se activa nuevamente. Suena, a un volumen atronador, el ruido de aviones sobrevolando, bombas cayendo, explosiones...*)

Lucio

¿Qué quiere?

Dangond

Ya se lo dije.

Lucio

No. No me lo ha dicho. No ha hecho otra cosa que mentir. Desde que llegó.

Dangond

Quiero que reconozca públicamente que mi viejo no se murió en un accidente, que ustedes lo mataron.

Lucio

¿Nosotros?

Dangond

Está bien. Usted. Que usted lo mandó matar. Porque de eso se trata todo esto: usted y yo tenemos las manos igual de untadas, no nos vengamos con maricadas.

Lucio

¿Qué gano con eso?

Dangond

Poder salir.

Lucio

No me parece muy sólido su argumento. Supongo que en algún momento cerrarán el museo y nos tocará salir. No tengo afán. Puedo esperar.

Dangond

Yo también. No sé si lo había comentado, pero otra de las cosas de Petrovic...

Lucio

No. No me lo había comentado, pero la verdad es que tampoco me interesa.

Dangond

Si quiere hablamos de lo otro. ¿A quién se le ocurrió lo del accidente? ¿A doña Blanca? Nunca pensé que fuera capaz. Se veía tan inofensiva...

Lucio

Todas las investigaciones que pidieron han llegado a la misma conclusión. Se trató de un hecho fortuito. Lamentable, sí, pero fortuito. Nadie tiene la culpa.

Dangond

Mi viejo sobrevivió a los bombardeos del ejército, a las emboscadas de la policía, a las masacres de los paras, al espionaje de la DEA, de la CIA, de los narcos. Ninguno pudo con él. Me cuesta creer que una simple avería en su camioneta terminara por doblegarlo.

Lucio

No tiene ninguna prueba.

Dangond

No. Por eso quiero que sea usted mismo el que me la dé.

Lucio

¿Cómo?

Dangond

Confesando.

Lucio

¿Por qué habría de hacerlo?

Dangond

Recién dijo que le interesaba la verdad.

(*Lucio se ríe. Se empieza a quitar su ropa y a pasearse con propiedad.*)

Lucio

Es solo un niño. Es solo un mocoso. Demasiado inseguro para firmar sus propias obras. Para eso se inventa un doble, ¿no es cierto? Un amigo imaginario, le pone un nombre llamativo, le crea una historia heroica y logra que se haga famoso. Luego concibe una obra polémica, y a punta de labia hace que la expongan en un museo de prestigio. ¿Y todo para qué? Dígame, ¿para qué? ¿De verdad cree que dejándome encerrado aquí unas cuantas horas voy a salir a gritarle al mundo que yo maté a su papá?

Dangond

No sé a qué se refiere.

Lucio

Claro que sabe. ¿Me cree tan imbécil como para acudir a la cita más importante de mi vida y no averiguar ni un poco a dónde estoy yendo? Todo esto es una invención suya.

Dangond

Ser un oscuro político del Tolima no justifica su ignorancia. La existencia de Petrovic está ampliamente documentada.

Lucio

¿Lo ve? Usted mismo se pone en evidencia.

Dangond

Y si así fuera. Que Petrovic nunca existió. Que concebí esta obra solo para poder retenerlo unas horas. ¿En qué cambia eso todo lo que hemos hablado? ¿Su papá no fue igual de bandido que el mío? ¿No murieron asesinados los dos? ¿No tenemos usted y yo las mismas manos manchadas con la misma sangre?

Lucio

¿De verdad piensa que le voy a decir que mi papá era un bandido y yo un asesino?

Dangond

Si esa es la verdad, ¿por qué no decirla?

Lucio

Me imagino que además de los sensores debió poner cientos de cámaras y micrófonos. ¿A quién le va a vender el material?

Dangond

No me cambie el tema.

Lucio

Un *reality show*, ¿eso quiere, no es cierto? Venderle a un poco de europeos con mala conciencia el espectáculo de dos indiecitos sudamericanos que se reconcilian y se abrazan. ¿Ese es su proyecto?

Dangond

No. No es mi proyecto. Lo invité aquí de buena fe y espero que usted haya venido también de buena fe.

Lucio

Como habla tantos idiomas y es tan erudito, supongo que le parecerá muy perrata pasarlo por televisión nacional, como si fuera el capítulo final de una mala telenovela del mediodía. Y como tiene tantos amigos importantes, pudo venderle su *reality show* al MOMA de Nueva York y al Louvre.

Dangond

Veo que sabe mucho de museos.

Lucio

Sí, señor Petrovic, sé mucho de museos.

(*Lucio y Dangond se miran retadoramente*.)

Lucio

¿Ya? ¿Podemos salir?

Dangond

Hablar es fácil. Lo difícil es escuchar.

Lucio

Creo que ya lo he escuchado suficiente. Quiero salir.

Dangond

No. No ha escuchado nada. Solo ha hablado y hablado y hablado.

Lucio

¿Qué es lo que me quiere decir?

Dangond

Para ustedes, mi viejo, y por consiguiente yo, somos los representantes de todas las bajezas humanas. Unos asesinos estalinistas y unos perversos villanos.

Lucio

Nuevamente se equivoca. Creo que usted es otra víctima... de su padre.

(*Dangond guarda silencio*.)

Lucio

Vea, es mejor que dejemos esto así. Yo estaba exaltado, le ruego me disculpe. Yo ya lo perdoné. Sinceramente. Creo que nos podemos tomar una foto apretándonos la mano, si quiere damos unas declaraciones a la prensa y asunto resuelto. No es necesario que nos volvamos amigos íntimos. ¿Puede por favor dar la orden de que abran la puerta?

Dangond

¿Se creen tan buenos y con un corazón tan grande como para perdonarme?

(*Lucio no responde. Mira su reloj detenido. Busca hacia un lado y otro.*)

Dangond

¿De qué me sirve su perdón? ¿Ah? Contésteme. ¿De qué me sirve?

(*Lucio quisiera intervenir, pero no sabe qué decir.*)

Dangond

Si en el fondo ustedes tampoco creen en mi arrepentimiento.

(*Lucio mira sin responder.)*

Dangond

Lo entiendo: es más fácil así. Menos confuso. Usted es el bueno y yo el malo, un malo pésimo, una criatura perversa, ladina. Un perro infecto que se aprovecha de su generoso perdón para perjudicarlo más y más porque sí, porque solo me interesa el mal, porque solo busco el mal, el maaaal, ¡¡la caries!! Igual que mi viejo. No bastó con que se arrepintiera públicamente y pidiera perdón. No. Tocaba aniquilarlo. ¿Cuándo van a quedar satisfechos? ¿Cuándo?

Lucio

Está desvariando.

Dangond

No, hago crítica teatral y me parece que usted es un pésimo dramaturgo.

Lucio

Será porque no me dedico a eso.

Dangond

¿No?

Lucio

No.

Dangond

Quizás la dramaturga sea entonces doña Blanca. Desde el principio todo fue idea de ella, ¿no cree?

Lucio

¡Con mi mamá no se meta!

(*El sonido de una bomba sacude nuevamente el espacio*.)

Dangond

¿Nunca se ha imaginado haciendo un papel distinto al del héroe?

Lucio

No me interesa pasar por héroe, ni creo que yo sea el bueno y usted el malo. Solo busco justicia. Y ya ni siquiera eso: quiero conocer la verdad.

Dangond

¿Acaso no sabía que la verdad es un *performance*?

(*Lucio guarda silencio*.)

Dangond

¿Está seguro de que quiere conocerla?
(*Lucio, inmutable*.)

Dangond

Porque no siempre es fácil. La verdad a veces duele.

Lucio

Lo escucho.

Dangond

Siempre pensé que era más guapo.

Lucio

Perdón.

Dangond

Usted. Me crié con la imagen de que, a pesar de todo, usted debía ser mucho más guapo que yo.

Lucio

¿Qué tiene que ver eso?

Dangond

Usted siempre fue el bueno y yo el malo. Así fue y así va a ser por siempre.

Lucio

Ya le dije: no tenemos por qué pagar por lo que hicieron otros.

Dangond

Yo ya pagué. Todos los días pago un poquito. Pero, ¿y usted?

Lucio

¿Yo?

Dangond

Sí, usted. Todo el mundo conoce su verdad, ¿pero la mía? ¿A alguien le interesa la mía? ¿Alguien me ha preguntado al menos?

Lucio

Pensé que ya habíamos superado esto.

Dangond

¿Nunca se ha preguntado si su papá era todo eso que dicen que era?

Lucio

¿Perdón?

Dangond

¿Qué pasaría si contáramos este cuento al revés? Que su papá se salió de la organización, pero no porque estuviera escandalizado por las prácticas a las que nos había llevado la guerra. No. ¿Qué pasaría si le dijera que tuvo que huir despavorido porque

llevaba años y años desviando los recursos que entraban por extorsiones, por narcotráfico, por los secuestros? Hasta que un día mi viejo lo descubrió.

Lucio

¿Qué le pasa? ¡Cállese!

Dangond

No, no me voy a callar. Ahora que empecé a hablar, no me voy a callar.

(*Lucio se exaspera. Va nuevamente a la puerta y trata de abrir, pero es inútil.)*

Dangond

¿Ah?¿Dígame?¿Qué pasaría? ¿Prefiere seguir viviendo cómodamente en su misma mentira de mierda? ¡Dígame!

Lucio

¡No más!

Dangond

¿Qué pasaría si yo le dijera que las cosas no son como ustedes las han contado? Que su papá y el mío no se pelearon por los supuestos ideales de una organización que entre los dos habían fundado. No. ¿Qué pasaría si le dijera que se pelearon por plata y por poder, que es por lo que se pelean todos los hombres?

Lucio

¿De dónde sacó esa estupidez?

Dangond

¡¡Conteste!! Por eso lo mandaron matar, ¿no es cierto? Para que no hablara. Para que no les fuera a dañar la fiesta. No era suficiente que pidiera perdón y entregara todo. Tenían que callarlo. ¿Pensaron de veras que nos íbamos a creer el cuento del accidente? ¿Cómo lo planearon? ¿Qué opinó doña Blanca? ¿Nunca se opuso? Me cuesta creer que fuera capaz... ¿Ah? ¡Contésteme! Yo también quiero saber. ¡Yo también tengo derecho!

(*Lucio y Dangond se observan desafiantes, como preparándose para un duelo*.)

EPÍLOGO ABIERTO

La voz femenina suena nuevamente por los altavoces y los saca a ambos de su ensimismamiento.

Voz femenina

(*En noruego y luego en inglés*.) Se les recuerda a todos nuestros visitantes que el museo cerrará sus puertas en 10 minutos. Les agradecemos su visita y hasta pronto.

Lucio

¿Qué dijo?

Dangond

(*Traduciendo*.) Que nos toca irnos.

Lucio

Se lo dije.

Dangond

¿Qué cosa?

Lucio

Que su estrategia era bastante frágil. No estamos en el monte, compañero. Los noruegos no van a dejar que su Museo de Arte Contemporáneo se convierta en un cambuche para secuestrados.

Dangond

Es un imbécil.

Lucio

Gracias. Igual que usted.

(*Se escucha el sonido de un celular prendiéndose. Lucio revisa y constata que es el suyo. A continuación mira su reloj y ve que las agujas han vuelto a andar. Sonríe*.)

Lucio

Se acabó el sitio. Sarajevo es libre.

Dangond

¿Celebramos?

Lucio

¿Deberíamos?

Dangond

Usted sabrá mejor que yo.

Lucio

¿Qué me quiere decir?

Dangond

Lo suyo era solo una estrategia de campaña, ¿no es cierto? Por eso su insistencia en lo de la foto. Necesita una imagen, es todo. No importa si es falsa. Lo que importa es darle un nuevo aire a su carrera política. Lo entiendo. Está muy viejo para ser apenas representante a la Cámara. A esas alturas, su papá había fundado una guerrilla, se había salido, lo habían nombrado ministro, era senador y estaba a punto de convertirse en presidente de la república.

Lucio

Mi papá es mi papá. No tengo afán.

Dangond

¿Está seguro?

Lucio

Sí. Estoy seguro. Con permiso.

(*Lucio coge todas sus pertenencias y se dirige hacia la salida*.)

Dangond

¿De veras quiere saber la verdad?

Lucio

No gracias. Espero no tener que oír nunca más sus idioteces.

(*Lucio abre la puerta de la instalación y sale. Dangond habla fuerte para que el otro lo escuche desde afuera.*)

Dangond

Mi viejo y el suyo no se pelearon por plata o por poder. O no solo por eso.

(*Lucio regresa, asomándose desde la puerta.*)

Lucio

¿A qué se refiere?

Dangond

¿Por qué más se pelean a muerte dos personas que hasta la víspera eran los mejores amigos?

Lucio

Dígame usted.

Dangond

Doña Blanca.

Lucio

¿Mamá?

(*Dangond asiente en silencio. Lucio entra de nuevo para encarar a Dangond.*)

Lucio

¿Qué pasa con ella?

(*Dangond continúa sin responder. Deja que sea el propio Lucio quien llegue a sus conclusiones.*)

Lucio

Su papá y ella tuvieron un...

Dangond

Uno no. Dos.

Lucio

No entiendo.

Dangond

Nosotros.

Lucio

Nosotros... ¿qué?

Dangond

A lo mejor somos más cercanos de lo que parece.

Lucio

Está insinuando que...

Dangond

Terminó antojándome con el chuletón.

Lucio

¿Qué dice?

Dangond

El argentino. Un miserable indocumentado, ¡pero qué parrillero!

(*Dangond va hacia la salida, dejando a Lucio anonadado*.)

Lucio

Espere. No se vaya. ¡Espere!

(*Dangond ya ha salido. Lucio queda solo, sin saber qué hacer. Mira a la instalación hacia todos lados, como pidiendo una explicación. Al fin acaba por salir, cargando afanosamente sus pesados ropajes de invierno*.)

Lucio

¡Espeeereeee...!

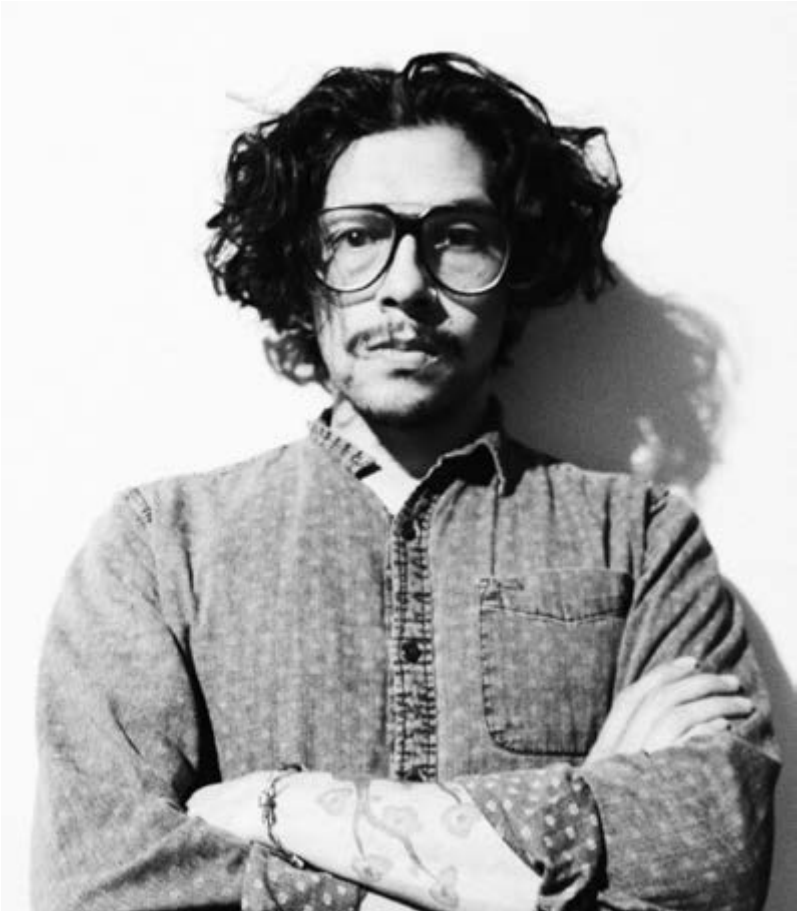
(*Black out.)*

Fin

CARLOS MOISÉS BALLESTEROS PAIPILLA

TERCER PUESTO

Artista escénico egresado de la Universidad Pedagógica Nacional. Candidato a maestro en Escrituras Creativas de la Universidad Nacional. Dramaturgo y director de la compañía Teatro Estudio 87, para la que ha escrito y dirigido los montajes *Pieza corta para dos mujeres* (presentada en el marco del Festival Alteratro 2013), *La familia* (proyecto final del énfasis de dramático de la UPN, estrenada en 2013), *Una mujer que come helado* (2014, presentada en el Festival ESE), *No solo los perros ladran de sed* (invitada en 2015 al Festival Internacional de Teatro Bunte Bühne —Fellbach, Alemania—, y ganadora, también en 2015, de la Beca de Circulación Internacional para Artistas de Teatro y Circo), *Venecia (o afuera no para de llover)* (seleccionada entre los 20



espectáculos que más le gustaron al público bogotano en el ESTO VI 2015, participante en el Festival Internacional de Teatro Frente al Mar —Puerto Morelos, México, 2017— y en el Festival Taliszman of Sukcesu! —Bielsko-Biala, Polonia, 2016—) y *Rabia* (último montaje de la compañía, estrenado en 2016).

En el 2016 coproduce y hace la dirección general de la obra *La heroica república del sillón rojo*, proyecto en residencia artística con los países de México y Chile.

UN OCASO FRENTE AL RÍO

PERSONAJES

Capitán Héctor

Capitán Clauss

Fidias, soldado

Bernardo, soldado

Macario, soldado

Olivia, novia de Héctor

CAPÍTULO UNO. UN TÓRRIDO SOLSTICIO DE VERANO EN MEDIO DE LA SELVA

La selva, mediodía, un campamento militar, las fechas se han perdido. Ahora el tiempo es cualquier cosa, pero lejos de allí, a centenares de días de camino a pie, es agosto. El calor hace de las suyas entre los hombres que quedan; no deben ser más de diez. Fidias está sentado sobre una roca esperando el final de su turno; Bernardo y Macario han venido a relevarlo.

Fidias

Bienvenidos al infierno.

Bernardo

Bienvenidos.

Macario

Bienvenidos.

Fidias

El calor no nos permite respirar.

Macario

Es tórrido.

Fidias

Ardiente.

Bernardo

Los hombres que estamos aquí hacemos turnos por una hora y volvemos a la sombra para tomar agua, dormir en las hamacas siestas de treinta minutos para después volver a la guardia. Se hace imposible permanecer por más tiempo en lugares donde…

Fidias

(*Continuando con la idea*.) Pese a la sombra,

Todos

Los delirios nos gobiernan.

Bernardo

Uno puede escuchar de historias que hablan de sirenas sobre la arena del desierto que vienen a la selva para llevarse a los infieles o de hombres que saltan al agua alentados por las entelequias que la mente les pone frente a sus ojos.

Macario

Así es la frontera y nosotros peleamos una guerra.

Fidias

(*Interrumpiendo*.) Pero no contra otro ejército, no, sino con las ficciones que provoca el calor del mediodía.

Bernardo

Esta es una historia como cualquier otra de las que se cuentan en esta parte del planeta.

Macario

Una historia truculenta, sórdida, siniestra.

Fidias

Una historia que habla de ríos que llevan hombres y no peces, una historia de hombres que no respiran ni dentro ni fuera del agua.

Macario

Ustedes nos verán luchar contra el calor del mediodía y el frío de la medianoche.

Fidias

Deberán creer en las alucinaciones que ellos ven aunque ustedes, cómodos, no puedan verlas. Deberán hacerlo porque solo al hacerlo, al creerles, podrán entender de conflictos que se pelean dentro de la piel y no fuera de ella.

Bernardo

Acomódense, relájense.

Macario

No demasiado.

Fidias

Lo que vamos a contar ha sido despojado de la habitual sangre de estas historias; porque no hablamos de la sangre o de las tripas de los hombres, no, hablamos de las batallas del corazón o de la cabeza, para los menos románticos.

Macario

Porque los viejos habrán de tejer leyendas fantásticas en torno a nuestro recuerdo.

Bernardo

Venga, escúchenos, embárquese con nosotros en esta oscuridad.

Bernardo

Mi nombre es Bernardo y soy un soldado de más de cientos que se congregaron en la jungla a librar esta contienda de melancólicos ejércitos abandonados en medio de la nada.

Macario

Mi nombre es Macario y soy un soldado de más de cientos que se congregaron en la jungla a librar esta contienda de melancólicos ejércitos abandonados en medio de la nada.

Fidias

Mi nombre es Fidias y también estoy aquí por lo mismo.

CAPÍTULO DOS. OCASO FRENTE AL RÍO

Ocaso frente al río. Dos hombres esperan en silencio. Macario está de pie y mira todo el tiempo el río. Bernardo está sentado; muestra menos interés a la empresa del otro. De vez en cuando

toma una rama del piso, la rompe en dos o tres partes y la tira sin tocar las aguas del río.

Bernardo

¿Nada?

Macario

¿Nada? ¿Cómo nada?

Bernardo

¿Que si has podido ver algo?

Macario

Nada, no se ve una mierda.

Bernardo

Es que ya está oscuro, es normal que no se vea nada.

Macario

¿Qué hacemos entonces?

Bernardo

Seguir mirando.

Macario

¿Cuándo van a acabar las búsquedas?

Bernardo

Cuando aparezcan.

Macario

¿Y si no aparecen?

Bernardo

Aparecerán.

Macario

¿Tú crees?

Bernardo

Siempre aparecen.

Macario

¿Siempre aparecen?

(*Silencio. Del otro lado del río un hombre los mira desde la penumbra.*)

Bernardo

¿Quién está ahí?

(*Silencio. El hombre que permanece al otro lado del río no se mueve. No dice nada.*)

Macario

Conteste, salga de ahí.

(*Ambos hombres de pie, las armas apuntan a la sombra que no hace nada, no dice nada*.)

Bernardo

¿Quién?

Macario

Conteste, dé la cara.

(*Silencio*.)

Bernardo

¿Quién es?

(*El hombre desaparece*.)

Macario

¿Y eso?

Bernardo

No sé.

Macario

Le avisamos al capitán.

Bernardo

¿Y qué decimos? ¿Que vino alguien y que así como vino lo dejamos ir?

Macario

¿Cómo íbamos a hacer algo? Estaba al otro lado del río.
(*Silencio*.)

Bernardo

No diremos nada.

Macario

Entendido.

Bernardo

No por ahora.

Macario

¿Por ahora?
(*Entra Héctor*.)

Héctor

¿Por ahora? ¿Por ahora qué?

Bernardo

Por ahora no hay suerte. Buena tarde, capitán.

Héctor

¿No han tenido suerte?

Macario

¿Suerte?

Héctor

No han visto nada.

Macario

¿Nada?

Bernardo

Nada de nada, capitán.

Héctor

Vayan, descansen. Coman algo y descansen.

Macario

Sí señor.

Bernardo

Capitán.

Héctor

Dígame, Bernardo.

Bernardo

¿Se quedará usted solo?

Héctor

Por esta noche.

Bernardo

¿Toda la noche?

Héctor

Sí, ¿por qué?

Bernardo

Nada.

Macario

Vamos, Bernardo.

Héctor

¿Algo que deba saber, Bernardo?

Macario

Es una noche fría capitán.

Bernardo

Esto es la selva, mi capitán, no es bueno que se ande solo.

Héctor

Despreocúpese, Bernardo.

Macario

Vamos, tengo frío.

Bernardo

Solo tenga cuidado, capitán.

Héctor

No se preocupe. Sé cuidarme solo.

Bernardo

No queremos tener que buscarlo a usted también.
(*Silencio. Bernardo y Macario empiezan a salir.*)

Héctor

Bernardo.

Bernardo

Sí, capitán.

Héctor

Los del otro turno, los de anoche. Esta mañana todos estaban hablando de un hombre, de alguien que los miraba desde la penumbra, al otro lado del río.

Macario

¿Un hombre?

Bernardo

Nada, señor.

Héctor

Pensé que quizás había vuelto hoy.

Macario

No señor.

Bernardo

Quizás más tarde, capitán.

Macario

Es que aún es temprano.

Bernardo

Hasta ahora oscureció.

(*Silencio*.)

Héctor

Bueno, vayan a descansar.

Bernardo

Capitán.

Héctor

Dígame.

Bernardo

¿Quiere que le diga a alguien que venga?

Héctor

Está bien.

Bernardo

Lo haré cuanto antes.

(*Salen*.)

Héctor

Soy Héctor y a mi padre se lo llevó el río. Por ahora no el río de la memoria, pero sí el caudaloso río que en frente de mis ojos lleva consigo la paz perdida. Soy un soldado más, una víctima más y por suerte también un victimario.

Yo también he halado el gatillo de mi acero apuntando hacia la invisible selva. Peleo contra los árboles, cómplices de los hombres que se esconden tras sus ramas. Soy una bala perdida que se estrella con el aire y rompe el silencio, ora rompe la paz de la maleza, ora rompe la paz del soldado enemigo, ora rompe la paz del campesino. ¿Quién podría saber quién se esconde detrás de esta espesa noche? Intentamos salvarnos, no tenemos de otra.

La neblina de la noche se empieza a comer la razón de mis pensamientos, pero es muy pronto para alarmarme. Nos hemos perdido en la espesa selva buscando el rastro de los perdidos, ahora somos parte de ellos, la comida es escasa, el tiempo infinito y las tareas ciertamente inoficiosas. Intentamos concentrarnos en el paso del agua buscando en ella señales de la vida que debe venir de un poco más arriba, a no sé cuántas horas a pie. Los hombres están impacientes, las razones para permanecer suspendidos frente a la orilla se agotan, yo pierdo la esperanza de encontrar

a papá y a la vez me resisto a desaparecer con él en este lugar. Olivia me espera, sé que me espera porque lleva dentro un hijo mío, yo la pienso a diario como una tarea obligada para no perder la cordura ante el paso inclemente de las horas.

Nos hemos topado con el campamento abandonado de un grupo de soldados del capitán Clauss. Este nos ha recibido con cierto escepticismo, como si fuéramos una especie de espectro que deambula por entre los árboles. Al principio la tensión nos mantuvo separados, pero la falta de conversación hace que los hombres se busquen y que las tensiones pasen a otros estadios.

(*Entra Clauss*.)

Clauss

¿Desvarías de nuevo?

Héctor

Intento encontrar la paz en las palabras.

Clauss

¿Hablabas con tu padre?

Héctor

Me hablaba a mí.

Clauss

Como un loco.

Héctor

Como un cuerdo.

Clauss

Un cuerdo que habla solo y que cree en relatos de soldados que hablan de apariciones que salen a espantar a la medianoche.

Héctor

Clauss.

Clauss

Héctor.

Héctor

Piensas que son inventos.

Clauss

Esta es la selva, después de un par de meses los soldados alucinan con mujeres y quimeras.

Héctor

¿Y mi papá también es una quimera?

Clauss

Ya aparecerá amigo, ya aparecerá.

Héctor

Entre el río.

Clauss

Más vale vivo.

Héctor

¿Hace cuánto están ustedes acá?

Clauss

Lo importante es que ustedes dieron con nosotros.

Héctor

Temo que sea tarde.

Clauss

No temas de más.

Héctor

No son inventos de esta noche los que alucino.

Clauss

Los alucinas y ese es el problema. *(Pausa.)*

Héctor

¿Me acompañarás toda la noche?

Clauss

No te preocupes. Ya viene algún soldado a acompañarte.

Héctor

Menos mal.

Clauss

¿Qué dices?

Héctor

Nada.

Clauss

¿Seguro?

Héctor

Tú y yo no nos entendemos. Imagina toda la noche intentando hablar sin atacarnos.

Clauss

Iniciaríamos una nueva guerra.

Héctor

Sin duda.

Clauss

O la terminaríamos.

Héctor

No juegues con las palabras.

Clauss

Nadie quiere una nueva batalla.

Héctor

Ya tenemos suficiente con esta.

Clauss

Tienes razón.

(Silencio.)

Clauss

Me voy.

Héctor

Descansa.

Clauss

Deberías hacer lo mismo.

Héctor

No puedo, no he podido las últimas noches.

Clauss

¿Seguirás hurgando el río? Buscas una aguja en un pajar.

Héctor

Esta aguja es mi papá.

Clauss

No sabemos si está muerto, a lo mejor no está en el río.

Héctor

¿Qué otra opción me queda?

Clauss

Me voy para no discutir. Descansa.

Héctor

Descansa.

(*Sale el capitán Clauss y el capitán Héctor se queda solo, frente al río, al frente de sí, el agua lleva los peces de un lado hacia el otro, en silencio. Ahora mismo es imposible escuchar algo, es como si todo se quedara suspendido y no fuera posible percibir ni la corriente chocando contras las rocas, ni el viento moviendo las hojas, ni las voces de los ausentes que quedan atoradas entre los ecos de la selva, nada. Después del silencio vienen los colores en el agua. Verdes, amarillos, azules, naranjas y rojos. Luces de colores que le iluminan la cara al capitán Héctor mientras espera el guarda que lo acompañará. Los colores de las luces le manchan la cara y el cuerpo, sus ojos se van perdiendo entre la fascinación de las luces que lo van pintando todo, que lo van coloreando todo, las ramas de los árboles, las grandes rocas, la maleza, todo. Después vuelve el hombre en la penumbra.*)

Héctor

¿Quién está ahí?

(*Silencio. Muchos segundos después entra Fidias.*)

Fidias

¿Capitán?

Héctor

¿Fidias?

Fidias

El mismo, señor.

(*Desaparece el hombre y entra el soldado.*)

Héctor

Fidias, me interrumpe.

Fidias

¿Lo interrumpo, señor? ¿En qué?

Héctor

En… En nada Fidias, olvídelo.

Fidias

Perdone, capitán.

Héctor

¿Usted ha visto al hombre?

Fidias

¿La aparición, señor? Sí, la vimos anoche con Sócrates.

Héctor

¿Y qué piensa?

Fidias

Que es el enemigo, señor.

Héctor

¿El enemigo?

Fidias

Sí, capitán.

Héctor

Explíquese, Fidias.

Fidias

Señor, mi familia me enseñó a no creer en apariciones, no creo que se trate de un fantasma, tampoco creo que sean campesinos, nadie pondría su vida en juego de esa forma. El que nos mira desde el otro lado tiene que tener la confianza de sentirse superior, capitán, y el enemigo es el único que se siente superior a nosotros.

Héctor

Fidias.

Fidias

Sí, capitán.

Héctor

¿Y por qué no le dispara?

Fidias

Porque el enemigo no es tonto, señor. Si nosotros vemos una sombra, en realidad son cien sombras las que hay ahí y, si le disparamos desde este lado, en realidad no atacamos a uno, atacamos a cien y cien responderán.

Héctor

¿Y por qué el enemigo no nos ataca?

Fidias

Eso es fácil, capitán. El enemigo sí nos está atacando. Pero no necesita dispararnos para hacerlo, el enemigo sabe que su presencia al otro lado del río nos tiene miándonos en los calzones.

Héctor

Mierda, soldado. Lo que dice es serio.

Fidias

Ni tanto, mi capitán.

Héctor

¿Por qué lo dice, Fidias?

Fidias

Porque al final es mejor oler a miaos que a pólvora, mi capitán.

Héctor

Fidias, ¿y eso no le da miedo?

Fidias

No, mi capitán.

Héctor

¿Por qué?

Fidias

Yo no tengo nada que perder. Mi familia es barro, pero no se la llevó el río, yo sí pude enterrarlos.

Héctor

Fidias.

Fidias

Perdone, capitán, no es nada personal. Yo espero que pueda encontrar a su papá.

(*Silencio*.)

Héctor

Descuide, ¿pero entonces por qué sigue aquí?

Fidias

Pues porque yo también estoy esperando que me lleve el río.

Héctor

Fidias.

Fidias

Sí, capitán.

Héctor

¿Y usted cree que mi papá…?

Fidias

(*Interrumpiéndolo*.) No lo sé, mi capitán. Pero no se torture.

Héctor

¿Cómo no hacerlo?

Fidias

¿Usted tiene esposa, capitán?

Héctor

Sí, quiero decir, no.

Fidias

¿Una novia, capitán?

Héctor

Algo así.

Fidias

Bueno, no importa. Concéntrese en ella. Escríbale cartas, hágale poemas.

Héctor

¿Y usted por qué no se consigue una novia?

Fidias

No, mi capitán. Yo no quiero tener gente a quien querer.

(*Silencio. Los colores bajo el río vuelven a aparecer, iluminan la cara del capitán Héctor y de Fidias. Esta vez los colores vienen acompañados de sonidos, de melodías.*)

Héctor

¿Fidias, vio eso?

Fidias

Sí, mi capitán. ¿Bonito, no?

Héctor

Siento algo de temor cuando lo veo. ¿Qué piensa usted?

Fidias

Que nos estamos volviendo locos, mi capitán.

Héctor

Fidias.

Fidias

Sí, mi capitán.

Héctor

¿No le parece extraño?

Fidias

Sí, mi capitán. Un mierda completa, pero esto es la selva y usted y todos nosotros llevamos mucho tiempo aquí. Todo es posible, mi capitán.

(*Fidias se dispone a salir.*)

Héctor

¿A dónde va?

Fidias

Por unas cobijas, mi capitán, esta noche va a estar fría y si usted y yo no nos arropamos bien, el que nos va a matar es otro.

(*Sale*.)

Héctor

Silencio. El aterrador espacio vacío, la mente en juego, pienso en papá, pienso en Olivia, pienso en el frío y pienso en mamá. Hay días en que el corazón obedece al clima. De nuevo

pienso en el río, ¿cuántos años van?, ¿hace cuánto tiempo y cuántas personas?

Miro el color de las luces que vienen de adentro del agua, ¿vienen de adentro? Yo soy Héctor y ahora mismo quisiera ser barro, que me tragara el río. ¿Se puede tener más frío? No recuerdo cuánto tiempo llevamos entre la montaña. Miro para todos lados, pero en todos lados está vacío. En todos lados la memoria se me borra entre el afán de mantenerme cuerdo y la imposibilidad de tener el rostro de mi papá presente. Pausa, una pausa larga que me aniquila el hilo de pensamiento, que me ha llevado poco a poco a otro lugar. ¿Cuál lugar? Pausa. ¿De qué les estaba hablando? Yo soy Héctor, un hombre hermético, consumido por la ansiedad y el miedo. Soy el miedo de echar la mirada atrás en busca de mi papá y solo poder ver mi rostro, un rostro que incluso a mí me parece extraño, extranjero.

(*Las luces van disminuyendo, se van, en la penumbra se alcanzan a ver las sombras de los árboles y el baile de sus ramas. Se escucha en el silencio la respiración del capitán Héctor luchando contra el frío y la tos. Entra Fidias.*)

Fidias

¿Señor? (*Silencio.*) ¿Señor? (*Silencio. Fidias pone sobre los hombros del capitán dormido una cobija, se frota las manos y se sienta en una roca al otro extremo. Sentado en su lugar se frota las manos nuevamente y enciende un cigarrillo, lo prende, fuma, aspira del pitillo dos veces y lo apaga cuidadosamente sin estropearlo, después lo guarda en una cajita, mira hacia el*

otro lado del río, siente que algo lo mira, se pone de pie y sigue mirando, no se mueve. Oscuro.)

CAPÍTULO TRES. CREPÚSCULO EN LA FRONTERA

Crepúsculo de otro día, una mañana que aún no termina por serlo, aún está oscuro, los hombres tiritan de frío entre las hamacas que no podemos ver. Frente al río están Bernardo y Macario. Esperan el final de su turno.

Bernardo

¿Nada?

Macario

¿Nada? ¿Cómo nada?

Bernardo

¿Que si has podido ver algo?

Macario

Nada, no se ve una mierda.

Bernardo

Es que sigue oscuro, es normal que no se vea nada.

Macario

¿Qué hacemos entonces?

Bernardo

Seguir mirando, ya va a amanecer.

Macario

¿Cuánto tiempo llevamos con las búsquedas?

Bernardo

No sé.

Macario

No van a aparecer.

Bernardo

¿Tú crees?

Macario

Sí.

Bernardo

¿Y crees que el capitán lo sepa?

Macario

Está ciego, uno de los que buscamos es su papá.

Bernardo

Es que no siempre aparecen. (*Silencio. Del otro lado del río un hombre que los mira desde la penumbra.*) Mira, ahí está de nuevo.

(*Silencio, el hombre permanece al otro lado del río, no se mueve, no dice nada.*)

Macario

¿Hacemos algo?

(*Ambos hombres de pie.*)

Bernardo

No venía hace días.

Macario

No en nuestro turno.

(*Silencio.*)

Bernardo

¿Quién es?

(*El hombre desaparece. Macario apunta.*)

Macario

(*Gritando.*) Vuelve, cobarde.

Bernardo

Baje eso, imprudente.

Macario

¿Me llamas a la prudencia?

Bernardo

Te llamo a la cordura.

Macario

Esta es la selva Bernardo y llevo semanas sin ver la luz, el calor me tiene hecho mierda, tengo las axilas llenas de golondrinos y la cabeza me arde entre los calores. (*Silencio largo*.) Lo siento. (*Baja el arma*.)

Bernardo

Voy a hablar con el jefe para que te saque con el grupo que va de regreso.

Macario

No. Yo no soy ningún cagado.

Bernardo

Cagado no, pero se está enfermando.

Macario

Todos estamos enfermos. (*Silencio*.) No lo haga, no me vaya a joder.

Bernardo

Entonces contrólese. (*Pausa*.) No diré nada, pero contrólese.

Macario

Listo, yo me controlo.

Bernardo

No por ahora.

Macario

¿Por ahora?
(*Entra Clauss*.)

Clauss

¿Por ahora?

Macario

Buena mañana, capitán. Hablábamos con Macario sobre las búsquedas, llevamos mucho tiempo esperando y nada.

Bernardo

Nada.

Macario

Decíamos que por ahora hay que tener paciencia.

Clauss

Por ahora. Yo también estoy reventado. Estoy moviéndome para que nos saquen de aquí, pero sin comunicación es imposible.

Macario

¿En serio, capitán?

Clauss

Sí.

Bernardo

¿Solo a los suyos?

Clauss

Que nos saquen a todos.

Macario

Bien, es que Bernardo me decía que ya se siente enfermo, ahorita estaba gritando como un loco.

Clauss

Resista, soldado, esto tiene que acabar pronto.

Macario

Paciencia, Bernardo.

Bernardo

Ya se acabó nuestro turno, capitán.

Clauss

Vayan, descansen, coman y descansen.

Macario

Gracias, mi capitán.

Bernardo

¿Y la guardia, mi capitán?

Clauss

Yo me quedo mientras llega el relevo.

Bernardo

¿Seguro, mi capitán?

Macario

Vamos Bernardo.

Clauss

Vayan antes de que me arrepienta.

Bernardo

¿Capitán?

Clauss

Dígame.

Bernardo

¿Quiere que llame a alguien para que lo acompañe?

Clauss

Está bien.

Bernardo

Voy en seguida.

Macario

Vamos.

(*Salen*.)

Clauss

Pienso en Olivia.

(*Aparece Olivia*.)

Olivia

Yo no soy Olivia, yo no vine a este lugar, yo no soy materia viva, hace días que los hombres perdieron la conciencia, hace siglos. Ahora mismo comparten alucinaciones, ven lo que los otros imaginan, pueden sentir lo que los otros sienten. Es una ruina. ¿Pueden imaginarse lo que debe ser que otros puedan ver sus miedos?

Clauss

¿Qué haces aquí?

Olivia

Vengo a reclamarte.

Clauss

¿Vienes por mí?

Olivia

Para salvarte.

Clauss

Ven, abrázame.

Olivia

Lo abrazo.

Clauss

No la siento.

Olivia

Él se olvida que no soy yo.

Clauss

La abrazo duro, pero no la siento. La tomo por la cintura, pero mis manos no perciben nada.

Olivia

Dejo que se busque dentro de mí.

Clauss

Nada.

Olivia

Está soñando.

Clauss

Intento sentir su olor.

Olivia

Cierra los ojos.

Clauss

Barro, humedad. No puedo sentirla a ella.

Olivia

Vamos.

Clauss

¿A dónde?

Olivia

A casa.

Clauss

¿Y Héctor?

Olivia

Héctor ya no existe.

Clauss

¿Ya no existe?

Olivia

Vamos.

Clauss

Bésame.

Olivia

No tenemos tiempo.

Clauss

¿Por qué?

Olivia

Ya vienen.

Clauss

¿Quiénes?

Olivia

Ellos.

Clauss

¿Mis soldados? (*Desaparece*.) Olivia desaparece y yo me quedo suspendido, intentando recordar su olor, el olor de su pelo, el de su piel. Me abrazo, me paso las manos por los hombros y

me acaricio las piernas. Intento recordar. Nada, las llagas de mi piel me arden con el contacto de mis manos y me hacen volver del engaño.

(*Entra Fidias con el capitán Héctor*.)

Héctor

Clauss.

Clauss

(*Despertando de su alucinación*.) Héctor, me tomas por sorpresa.

Fidias

Capitán, ¿delira usted?

Clauss

Debo tener algo de fiebre.

Fidias

Deben ser las picadas del tábano.

Héctor

A mí también me han picado varios, pero estoy procurando no rascarme.

Fidias

Huelen horrible.

Clauss

Anoche no pude pegar el ojo.

Héctor

¿Pasaste toda la noche haciendo guardia?

Clauss

No. Vine temprano.

Héctor

Ve a descansar. Fidias se quedará cuidando. Yo le haré compañía mientras terminan de comer los otros soldados.

Clauss

¿Con quién de mi bando le toca, soldado?

Fidias

Ayer estuve con Sócrates, casi siempre he estado con Sócrates, pero esta mañana amaneció peor, no podía levantarse de la hamaca.

Clauss

¿Con quién le toca?

Fidias

No lo sé.

Clauss

Ya mando a alguien.
(*Sale Clauss*.)

Fidias

Capitán.

Héctor

¿Sí?

Fidias

El capitán Clauss se veía mal.

Héctor

Se está enfermando.

Fidias

¿Ustedes no se llevan bien, cierto?

Héctor

No, quiero decir, sí.

Fidias

Tranquilo, si no quiere contarme…

Héctor

(*Interrumpiéndolo*.) Fidias.

Fidias

Señor.

Héctor

Concéntrese en la guardia.

Fidias

Sí señor. (*Pausa*.) Señor.

Héctor

¿Qué pasa, Fidias?

Fidias

¿Es verdad que hoy se llevan a otro grupo grande?

Héctor

No, Fidias. No creo, ya mandamos un grupo monte arriba y nada, ya pasaron muchos días y ni un solo rastro. Es mejor que no nos separemos, si salimos de aquí nos vamos todos.

Fidias

¿Y las búsquedas, capitán?

Héctor

(*Pausa larga*.) Si me toca buscar solo, Fidias, me quedo solo.

Fidias

Capitán, yo me quedo con usted.

Héctor

Gracias, Fidias.

Fidias

No es nada, capitán.

Héctor

Fidias.

Fidias

Sí, capitán.

Héctor

No sea lambón.

Fidias

No es eso, capitán.

Héctor

Entonces.

Fidias

Yo no quiero volver a la ciudad, capitán.

Héctor

Pero esto es el infierno, Fidias.

Fidias

Posiblemente sí, capitán.

Héctor

Y no pasa nada.

Fidias

En eso sí se equivoca, capitán.

Héctor

¿Por qué lo dice?

Fidias

Capitán, es que aquí sí pasan muchas cosas, muchísimas. La vez pasada dos soldados estaban hablando antes de dormir, ya sabe, de esas conversaciones triviales que inician con cualquier banalidad, el calor que hizo en el día o de si habrían o no salido las estrellas, del estado de sus botas, de la cantidad de munición entre sus armas, en fin. El caso es que en cierto momento la conversación se fue por el camino de lo paranormal, de lo extraño, y uno de los soldados, el que tenía más aspecto de hombre maduro, le dijo al otro que había estado pescando en el río, que él sabía que lo habían prohibido por el grado de tóxicos que se supone puede llevar por… bueno, usted ya sabe… que no se aguantaba, que tenía hambre y que estaba cansado de comer fariña con leche de pepas de mil pesos, que estaba cansado de que, si les iba bien, comían culebra, y que no quería seguir chupando hueso de mico. Que se había sumergido en la paciente labor de pescar sin

ser pescado, mirando siempre para los lados, mirando para atrás, intentando no hacer ruido, calladito. Decía que había escuchado que por esa zona habían empezado a llegar puchos…

Héctor

¿Puchos?

Fidias

Pirañas, capitán, pirañas. Y con esta escasez, a pesar de las espinas, una piraña no cae nada mal, el caso es que, cuando ya llevaba en silencio más o menos unos veinte minutos, empezó a sentir que había pescado algo, ya sabe, la cuerdita que empieza a jalar, que se pone tensa.

Héctor

¿Tensa?

Fidias

¿No se dice así, capitán?

Héctor

Creo que sí.

Fidias

¿Entonces?

Héctor

Fidias, solo continúe.

Fidias

El caso es que este soldado se ha puesto en la laboriosa tarea de halar la cuerdita utilizando la mayor cantidad de fuerza y haciendo el menor ruido. Estaba en esa tarea, era evidente que lo que había pescado era algo grande, no demasiado, pero alcanzaba a oponer una gran resistencia, por lo menos para la fuerza que alcanzaba a hacer el soldado en esta situación precaria. Lo cierto es que empezó a jalar, el soldado decía que empezó a jalar y que, cuando ya sentía que iba ganando la batalla, se sintió observado, entonces la batalla se paralizó por completo, el soldado levantó lentamente la cabeza, al principio pensó que era la sombra de siempre, después pensó que le apuntaban directo, que ya no se ocultaban y que le apuntaban directo y sintió ganas de que fuera su equipo el que lo hubiera pescado haciendo cosas prohibidas, en seguida, cuando ya su mirada estaba al frente, al otro lado del río unos ojos sí lo miraban fijamente.

Héctor

La sombra.

Fidias

No.

Héctor

¿Entonces?

Fidias

El soldado dice que al levantar la cabeza vio un ave.

Héctor

¿Un ave? ¿Es todo?

Fidias

No capitán, no es todo. Lo que pasó después fue lo que hizo que el soldado sintiera ganas de correr.

Héctor

¿Pero qué era? Hable ya Fidias.

Fidias

El ave tenía una particularidad especial, tenía dos cabezas, una más desarrollada que la otra, no era pequeña, yo creo que era una pava de monte; la cuestión es que esta ave estaba sosteniendo una batalla entre las dos cabezas, una, la que no tenía ojos, picoteaba nerviosamente a la otra cabeza que angustiosamente intentaba huir de lo inevitable. El soldado bajó su cabeza para soltarse los dedos de la cuerda que había ido enredándole los dedos, apretándoselos, porque al otro extremo había algo que se resistía a perder. Como pudo soltó la cuerda, perdió la batalla y volvió a mirar a la bestia que lo miraba al frente. Cuando lo hizo, esta se había ido.

Héctor

Puros cuentos, Fidias.

Fidias

Posiblemente, mi capitán, pero los cuentos de aquí siempre serán mejores que los de la ciudad. Allá no pasa nada.

Héctor

No lo sé, Fidias.

Fidias

Yo sí que lo sé capitán, yo sí que lo sé.

Héctor

Fidias, ¿y usted nunca ha tenido miedo?

Fidias

¿Miedo, capitán?

Héctor

Sí, miedo.

Fidias

Claro, capitán, todo el tiempo. ¿Quién no siente miedo de morir en estas soledades donde ni Dios puede hacer nada?

Héctor

¿Todo el tiempo?

Fidias

Sí capitán, ¿usted no?

Héctor

No, bueno, ¿quién no? (*Pausa*.) ¿De qué siente miedo?

Fidias

Capitán, le tengo miedo a los delirios.

Héctor

¿A los delirios?

Fidias

Sí, capitán. Es que llevo mucho tiempo sin poder dormir.

Héctor

¿Dormir?

Fidias

Capitán, es que cuando estoy en turno, pues, no se puede y, cuando ya por fin me toca descanso, no puedo pegar el ojo, cierro los ojos, cuento ovejas, hago ejercicios de respiración, nada. Sigo despierto, mirando para arriba, sintiendo cómo cruje la madera, cómo rompe el viento el silencio moviendo las hojas de los árboles, voy contando los segundos, intentando superar el récord de seiscientos veintiocho segundos contados que tengo de…

Héctor

¿De?

Fidias

No me acuerdo, capitán. Hace unas noches logré llegar a seiscientos veintiocho segundos, pero ya no sé hace cuántas noches… ¡Mierda!

Héctor

¿Qué pasa?

Fidias

Ya no sé cuántas noches llevo despierto.

Héctor

Fidias, resista.

(*Pausa*.)

Fidias

Claro, capitán, todos los días.

(*Pausa*.)

Héctor

Qué extraño es el miedo.

Fidias

Ni tanto capitán, una emoción como cualquier otra. Al final, el miedo es una respuesta orgánica de supervivencia. ¡Imagínenos a todos sin miedo!

(*Pausa. Empieza el día, la mañana es azul, muy azul, de un azul radiante de verano. Aquí no es verano pero el día, este en especial, será sencillamente azul*.)

Héctor

Ya vuelvo, Fidias.

(*Silencio. Fidias no responde. Mira el río con beligerancia, no le quita la mirada, lo mira pero ya no lo inspecciona como antes, es consciente de que las búsquedas ya se han acabado, que ya nadie espera pescar un muerto, nada. Entra Bernardo.*)

Bernardo

(*A un lado del río, lejos de Fidias.*) Hace unos días comenzó a llover. En la selva llueve seguido, pero no siempre tan fuerte como empezó a llover ese día, llovía tan rudo que, a pesar de que desde aquí no se ve el cielo, las gotas nos pegaban tan fuerte que nos era imposible abrir los ojos. (*Pausa.*) Cuando empezó a llover era de noche, yo no estaba de guardia, pero tampoco dormía y sé que nadie en el campamento dormía, estábamos escuchándonos los sueños de los otros, despiertos, aburridos de que nuestras mentes, en tal abandono, hubieran terminado por repetir siempre las mismas enajenaciones. Por eso fue que nadie se sorprendió con la repentina aparición de las gotas sobre el rostro, algunos se sintieron refrescados por el fenómeno y lo celebraron en silencio, yo por mi lado sentí que estaba llorando, que me había gobernado el llanto ante el desespero de la soledad. Cuando descubrí que era la lluvia la que me mojaba las mejillas, ya me encontraba sollozando, gimoteando, con la cabeza entre las manos, la espalda mojada entre sudor y lluvia, y el sopor de la noche fría pegada entre las ropas. (*Pausa.*) Al principio nadie notó que teníamos los ojos cerrados porque finalmente, con los ojos abiertos, todo era oscuridad. Nos tomó varias horas darnos cuenta de la nueva condición de los que quedábamos. Sin embargo, nadie se alarmó. Finalmente, con los ojos sellados seguíamos viendo lo mismo

y seguíamos sintiendo las mismas convulsiones colectivas que habrían de perseguirnos para siempre en ese lugar. Lo más extraño no era que nos hubiéramos acostumbrado a permanecer con los ojos cerrados, no, lo más curioso es que la lluvia ya no se sentía, como hace días no se sentía el calor, ni el frío ni nada.

Fidias

¿Bernardo?

Bernardo

El mismo.

Fidias

Acomódese, la jornada es larga.

Bernardo

Infinita, pero no puedo sentarme, tengo ampollado el culo de andar toda la noche sentado en la maleza.

Fidias

¿Repite turno?

Bernardo

Sí.

Fidias

Mala hora.

Bernardo

La misma de siempre.

(*Pausa, al otro lado, la sombra los mira, nadie se sorprende, oscuro*.)

CAPÍTULO CUATRO. OLIVIA

El río. Una mujer nace del río, una mujer emerge de las sombras que se proyectan entre los colores del agua, sale. Está totalmente empapada, cuando abre la boca salen de dentro unas burbujas. En un extremo duermen sobre las rocas Bernardo y Fidias, quienes no se inmutan.

Olivia

Me tiré al río, me había acercado una mañana a mirar el río desde un puente que quedaba cerca a mi casa, camino a donde compraba los víveres. Me había acercado y me había sentido sola, profundamente sola, me había sentido abandonada.

Olivia era una hermosa mujer a la que poco a poco se le estaban acabando las ganas de esperar. De esperarlo.

Yo lo pensaba cada día, cada segundo y tenía una rutina sencilla para no perder la paciencia: iba en la mañana por lo necesario para las comidas, volvía a casa a limpiarla del paso del tiempo, a remover el polvo, a abrir las ventanas para que entrara un poco de la lucidez del mediodía y a volverlas a cerrar evitando los pantanos con los que la oscura noche intentaba perforarme

la cabeza. Me había ido marchitando, yo no lo sabía aún, yo no podía entenderlo aún.

Me había levantado esa mañana como cualquier otra mañana y empecé mi día sonriendo, lleno de esperanza. Me alisté para salir, me puse linda y salí. Cuando estuve en frente del río sentí una odiosa alegría que me pareció mentirosa y que así mismo me hizo sentir que no quería volver a casa para encontrarme con la esperanza, esa odiosa esperanza que no parecía tener sentido ahora.

Me descalcé los pies, no sé por qué me descalcé los pies, me posé sobre la baranda y salté.

Morirse debe ser un acto de reconciliación con el universo, pensé. Después me reí de la elocuencia de mis pensamientos, porque los sentí torpes, tontos e ingenuos. Debía ser producto del insomnio y me reí tan duro que el ruido me hizo ingresar de nuevo en una de esas nubes pasmosas de aterradora soledad. (*Oscuro*.)

CAPÍTULO CINCO. LOS DEL OTRO LADO DEL RÍO, CAPÍTULO FINAL

Alborada de un día cualquiera, la muerte de la noche, aún está oscuro. Frente al río están Bernardo y Macario, inspeccionan el río, lo hacen sin mayor interés. Esperan el final de su turno.

Bernardo

¿Nada?

Macario

¿Nada? ¿Cómo nada?

Bernardo

¿Que si has podido ver algo?

Macario

Nada, no se ve una mierda.

Bernardo

Es que aún está oscuro, es normal que no se vea nada.

Macario

¿Qué hacemos entonces?

Bernardo

Mantengamos el anzuelo en el agua. Esperemos correr con suerte.

Macario

Esperemos.

Bernardo

Por ahora no hay nada más que hacer.

Macario

¿Por ahora?

(*Entra Héctor*.)

Héctor

¿Por ahora?

Macario

Buena mañana, capitán. Pescábamos, no con la intención de comer, más con una intención deportiva.

Bernardo

Decíamos que por ahora no hay nada más qué hacer.

Héctor

¿Deportiva?

Macario

Un pasatiempo.

Héctor

¿Y qué tal?

Bernardo

Nada, capitán.

Macario

Mala suerte por ahora.

Bernardo

Pero va a cambiar.

Héctor

Seguro. (*Pausa*.) ¿Y el capitán Clauss?

Bernardo

No ha venido.

Macario

Debe seguir durmiendo.

Bernardo

Pero aquí nadie duerme.

Héctor

Además no estaba en su cama.

Bernardo

¿Quiere que vayamos a buscarlo?

Héctor

Ya aparecerá. (*Pausa*.) ¿Ya comieron?

Macario

No.

Bernardo

Pero yo no tengo hambre.

Macario

Yo tampoco.

Bernardo

Qué extraño.

Héctor

¿Qué?

Bernardo

Llevo muchas horas sin comer.

Macario

Es cierto, yo también.

Héctor

Casi nadie ha comido nada.

Bernardo

Por suerte.

Héctor y Macario

¿Por suerte?

Bernardo

Para nadie es un secreto que la fariña es amarga, seca.

Macario

Es cierto.

Héctor

Algo es algo.

Bernardo

¿Será que la falta de hambre es porque perdimos la esperanza?

Héctor

¿Esperanza?

Macario

¿De qué?

Bernardo

No sé. ¿No se supone que estamos esperando algo?
(*Silencio largo*.)

Héctor

Vayan y preparen el chivé*, no esperemos a que nos ataque el hambre para preparar algo.

Ambos

Sí, señor.

---

* Chivé: bebida boliviana a base de yuca.

Bernardo

¿Y la guarda, capitán?

Héctor

Yo me quedo a hacerla.

(*Salen los soldados, al otro lado del río aparece la sombra, las luces del río están sobre el rostro del capitán Héctor, la sombra, que por primera vez hace algo diferente de posarse a lo lejos y mirar, levanta una mano y señala el suelo para después señalar el cielo. Héctor no mira, no se inmuta. Entra Clauss.*)

Clauss

Héctor.

Héctor

Clauss, ¿dónde estabas?

Clauss

No sé. Por ahí.

Héctor

¿Por ahí?

Clauss

Sí, por ahí. (*Silencio.*) Héctor.

Héctor

Señor.

Clauss

Debemos irnos ahora.

Héctor

¿Irnos ahora?

Clauss

Sí, ahora mismo.

Héctor

¿Para dónde?

Clauss

Para donde sea, río arriba.

Héctor

Los soldados que mandamos río arriba no regresaron nunca, no sabemos cuál es la causa de su no retorno.

Clauss

Entonces río abajo.

Héctor

Son tierras del enemigo, es meterse en la boca del lobo.

Clauss

Héctor, debemos irnos.

Héctor

Yo no puedo irme.

Clauss

(*Susurrando*.) Héctor, he descubierto que el tiempo no está pasando.

Héctor

Mierda Clauss, esa es la excusa más ridícula que he oído.

Clauss

Desde hace mucho tengo la sensación de no estar siendo sometido al paso del tiempo. Entonces empecé a llevar la cuenta con marcas en el árbol que sostiene mi hamaca. Al principio todo iba bien, después me di cuenta de que llevo varios días haciendo la cuenta del día nueve sin poder pasar al día diez.

Héctor

¿Y cómo se supone que te diste cuenta, si estamos suspendidos, sin tiempo?

Clauss

Me lo anoté en la mano, me hice diez rayas sobre la piel, contando el día diez, e hice lo mismo con las rayas del árbol, pero la raya diez del árbol se borró, mientras que, mira. (*Le muestra la mano*.)

Héctor

No tengo tiempo para esas cosas.

Clauss

¿Estás muy ocupado? (*Silencio*.)

Héctor

No me jodas, Clauss.

Clauss

Tenemos que irnos.

Héctor

Vete tú. Llévatelos a todos, si quieres.

Clauss

Tengo la sensación de que el mundo se ha muerto.

Héctor

¿El mundo?

Clauss

Tengo la sensación de que vivimos el final de los tiempos.

Héctor

¡Necesitas reposo!

Clauss

Necesito salir de la selva.

Héctor

Todos necesitamos salir de la selva. Todos, sin excepción. Nadie debería estar sometido a este infierno, nadie debería vivir en un lugar así. Ni tendríamos que estar buscando restos del cementerio de nuestras vidas en el agua, ni ellos, los que perdimos, deberían ser carroña para los peces. No, nada de esto, pero esto es lo que hay.

Clauss

No.

Héctor

¿No?

Clauss

No hay nada. Ni tú estás vivo, ni yo lo estoy, ni al otro lado nos mira nadie, ni a ti te espera Olivia, ni ella me romperá el corazón al volver.

Héctor

Cierra la boca, Clauss. (*Le apunta*.)

Clauss

Ciérramela de un balazo.

(*Entra Fidias*.)

Fidias

¿Necesitan que me vaya?

Clauss y Héctor

Fidias.

Fidias

Capitán.

Clauss

Dígale a su capitán que baje el arma.

Fidias

¿Capitán?

Héctor

Fidias, no se meta.

Clauss

Baje el arma.

Héctor

Diga la verdad.

Fidias

¿Qué verdad?

Héctor

Este hombre quiere sacarnos de la selva. Para hacerlo, ha resuelto inventar cosas que no tienen sentido: hace un momento decía que asistimos al fin del mundo. Que nos hemos muerto.

Fidias

No suena tan irracional.

Clauss

Eso no es cierto.

Fidias

¿El fin del mundo?

Héctor

No.

Clauss

Sí.

Fidias

¿No?

Héctor

Sí.

Clauss

Quiero decir que lo que no es cierto es que lo inventé para sacarlos de la selva.

Fidias

¿Entonces por qué lo inventó, capitán?

Clauss

Yo no inventé nada.

Héctor

Sí lo hizo.

Clauss

No.

Fidias

¿Entonces?

Héctor

Miente.

Clauss

Baja el arma.

Fidias

No entiendo nada.

Clauss

Baja el arma.

Héctor

Tú y yo sabemos que no quieres estar aquí.

Clauss

Nadie quiere estar aquí.

Fidias

Yo sí.

Héctor

Yo también.

Clauss

El caso es que no me he inventado nada.

Héctor

Sí lo hiciste.

Clauss

Pruébalo.

(*Clauss levanta la mano*.)

Héctor

Miente. Ese hombre siempre estuvo detrás de Olivia.

Fidias
¿Olivia?

Héctor
Mi novia.

Fidias
Uy.

Clauss
No estoy detrás de nadie.

Héctor
La ama.

Clauss
Baja el arma.

Fidias
Capitán, baje el arma.

Héctor
No.

Clauss
Hablémoslo como hombres.

Héctor

Tú no eres un hombre.

Clauss

Yo no soy el que se esconde detrás del arma.

Héctor

Fidias, ate al capitán Clauss.

Clauss

Atrévase, soldado.

Fidias

Señores, creo que lo mejor es que no me pongan en medio de su disputa. (*Sale. Al hacerlo, se topa con Macario, que viene entrando.*)

Héctor y Clauss

(*Gritando.*) Usted se queda donde está.

Macario

Saco mi arma, apunto, no sé a dónde apuntar. Bueno, es sencillo, vamos a bajar las armas al tiempo, ¿bueno, capitán?

Héctor

(*Disparando en dirección de la otra orilla del río.*) No me da miedo llenarte de agujeros, Clauss.

Macario

¡Capitán!

(*Silencio. Macario mira a la otra orilla, no sabe si lanzarse al suelo o mirar de frente la ráfaga que debe venir como respuesta. Nada. Ahora mira de frente, apunta, temeroso, pero no pasa nada.*)

Clauss

No tengo miedo de morir.

Macario

¿Morir?

Héctor

Nadie está hablando de morir, voy a encargarme de perforarte por todos los lugares en los que me sea posible destrozarte sin eliminar tu capacidad de mantenerte vivo.

(*La sombra al otro lado del río.*)

Clauss

Ya vivo así.

Héctor

¿Sí?

Macario

¿Cómo?

Clauss

Pensando en la Olivia que era mía y que tú alejaste de mi futuro.

Macario

Uy.

Héctor

Cierra la boca.

Clauss

Qué curioso que nos hayamos tenido que topar en esta selva.

Héctor

Qué curioso que quieras morir en ella.

Macario

Qué curiosas todas esas cosas que dicen, pero bajen las armas, ¿sí?

(*Silencio. Al otro lado la sombra se ríe estruendosamente, después el viento sopla muy fuerte.*)

Clauss

Olivia.

Héctor

¿Qué pasa con mi Olivia?

Clauss

Hace unas noches que viene a visitarme.

Héctor

Cierra la boca.

Clauss

Me decía que nos fuéramos juntos.

Héctor

Mientes.

Clauss

Posiblemente sí. Estaba seguro de estar alucinando.

Héctor

(*Grita*.) Cállate.

(*De nuevo la risa de la sombra que permanece al otro lado sin moverse*.)

Macario

Señor Héctor.

Clauss

Héctor, creo que ella también ha muerto.

(*Silencio*.)

Héctor

No vuelvas a decirlo.

Clauss

Por eso puede venir a visitarme.

(*Héctor dispara, de frente, le da a Clauss pero no pasa nada, silencio. Vuelve a disparar.*)

Héctor

¿Qué pasa?

Clauss

No sé.

(*Vuelve a dispararle, nada.*)

Macario

Señor, no vuelva a hacer eso.

(*Vuelve a dispararle, nada.*)

Macario

Señor, lo va a matar.

Héctor

Eso intento.

Clauss

A lo mejor ya lo estamos.

Héctor

¿Y entonces?

Clauss

Prueba otra vez.

(*Lo intenta, pero ya no tiene balas, Fidias se cubre, el viento fuerte, la sombra desaparece*.)

Héctor

Mierda.

Clauss

¿Qué?

Héctor

Ya no tengo balas.

Clauss

Prueba con esta. (*Le tira la suya*.)

Héctor

A ver. (*Dispara, y aún nada*.)

Macario

Ya no más.

Héctor

¿Te duele?

Clauss

En lo absoluto. Debemos estar muertos.
(*Silencio*.)

Héctor

¿Cómo averiguarlo?

Clauss

Soldado.

Macario

Señor.

Héctor

Macario, le toca.

Macario

(*Levantando las manos*.) Uy, yo no me presto para esas cosas.

Héctor

¿Tiene miedo, Macario?

Macario

No.

Clauss

¿Entonces?

Macario

Tampoco soy güevón.

Héctor

Traiga a Sócrates, que ya se está muriendo.

Macario

Capitán.

Héctor

Tiene razón, ¿en qué estoy pensando? (*Le dispara, nada, Clauss mira perplejo*.)

Macario

Capitán.

Héctor

Perdón. (*Le dispara de nuevo, nada*.)

Clauss

Estamos muertos.

Héctor

¿Qué pasa? ¿Por qué no se caen al suelo?

Clauss

Déjame intentarlo a mí. (*Le pasa el arma*.) A ver. (*Le dispara a Fidias*.)

Macario

Capitán.

(*Vuelve a dispararle, Macario a su vez le dispara a Clauss*.)

Ambos capitanes

¿Sí?

Macario

No más, por favor.

Clauss

Lo siento.

Macario

¿Y ahora?

Clauss

No sé.

Héctor

Olivia.

Macario

Capitán, lo siento.

Héctor

Esto debe ser un sueño.

Clauss

¿Un sueño?

Macario

Yo no me siento como en un sueño.

Héctor

Que alguno me dispare.

Macario

Yo no.

Héctor

Cobarde.

Clauss

A ver. (*Intenta dispararle, pero no tiene balas*.) Ya no tengo balas.

Héctor

Le tocó, soldado.

Macario

Yo no puedo hacerlo, gasté mis últimas balas en el capitán Clauss.

Clauss

Me voy.

Héctor

A dónde.

Clauss

No sé. A cualquier otra parte.

Héctor

Espera.

Clauss

Te lo dije, hace ya no sé cuánto tiempo que nos hemos quedado sin vidas, el tiempo estaba jugando con nosotros, debimos quedarnos suspendidos en alguna parte de la historia, quizás perdimos las vidas tan repentinamente que no tuvimos tiempo de percatarnos. Pero ya es tarde, y yo estoy cansado de este lugar.

Héctor

Clauss. (*Sale*.)

Macario

Señor, espéreme. (*Sale detrás de Clauss*.)

Héctor

(*Gritando*.) Clauss… Macario… Fidias… (*Silencio. Al fondo, la sombra que lo mira. Ya no volverá a amanecer del mismo modo, las luces en el horizonte serán los colores que antes estaban entre el río, ahora están por todos lados*.) Bernardo… Clauss… Macario… Fidias… (*Susurrando*.) Olivia… (*Vuelve el*

viento fuerte, fortísimo.) ¿Qué debía hacer? ¿Cómo se supone que debía hacer las cosas? (*Silencio. El viento también se hace más suave*.) ¡Respóndeme! Debía dejar de buscarte y perderte con el primer intento, con el primer suspiro. ¿Debía perder la esperanza sin siquiera darle una oportunidad? (*El viento vuelve más fuerte. Héctor grita*.) ¿Cómo haces para dejar de esperar al ausente? (*Silencio rotundo*.) ¿Por qué no volviste entonces? ¿Por qué no me ahorraste este viaje a la nada? ¿Por qué tenía que venir al infierno a pedir tu cuerpo, que tu cuerpo nunca apareciera y que al final te quedaras suspendido en la otra orilla mirándome desmoronar, mirándome tragar la arena del tiempo por la garganta, secándome la vida y llenándome de sed de esta, anhelando otro lugar, pero aprisionado por el deber que me acorralaba a diario a este falso paraíso tropical de insomnios, delirios, dolores y vigilias? (*La sombra permanece inmóvil*.) Dime por qué tenías que permitirme dejarlo todo, dejar a Olivia, dejar mi casa, por qué tenías que permitir que me alejara tantos y tantos kilómetros de mi vida y de mis sueños solo para venir a buscarte a ti y no encontrar ni una parte tuya, nada, nunca. ¿Por qué juegas conmigo? ¿Qué hice yo? ¿Por qué debía perderlo todo?

Busca en su interior un indicio, una señal, una marca que lo diferencie de los otros miles de millones que existen. Se revisa cada parte de su cuerpo, cada pelo, se revisa entre los dedos y hasta se inspecciona las uñas intentando encontrar las razones que lo hacen dueño de este presente, intenta entenderlo, está al acecho de las señales que lo hacen el elegido. (*El viento nuevamente sopla fuerte, se oyen ecos, como si todo hubiera golpeado en las paredes de un enorme túnel*.)

Héctor se golpea.

Héctor se rompe las vestiduras.

Héctor se hunde entre el barro.

¿Estoy vivo? Dime si yo también he perdido el don de la vida, si ya perdí la costumbre de respirar y todo lo que veo es una ilusión. (*Silencio*.)

Héctor se queda inmóvil entre las palabras que emite, las líneas que le quedan y la incertidumbre que no le permite delimitar sus delirios de la realidad. Héctor entiende, de facto, cómo todo es su culpa, cómo cada acto ha sido responsabilidad suya. Se siente tristemente burlado por el destino, siente cómo su dolor interno, su pérdida, el duelo por su padre fueron una excusa para mandarlo como carne de cañón a una guerra entre sombras.

¿Y Olivia? (*La sombra empieza a retirarse*.)

Quiero salir de aquí y decirles a todos que he muerto. Deja por lo menos que mi cuerpo no tenga el mismo destino del tuyo, papá.

Deja que mis ojos descansen, que mis pensamientos se aquieten, déjame encontrar un lugar en la tierra de los vivos para que los que me quieran puedan llorarme y para que en las piedras de mármol se enmarquen mis historias y déjame borrarme de la memoria de este lugar como se borran las de los que mueren lejos de este infierno que llaman guerra. No me lleves contigo.

Anoche vino el diablo a mirarme de frente, venía para llevarme y no lo dejé, no quería ser aplastado, quería seguir dando la pelea, creí que solo había sido un episodio más producto del éxtasis que sufrimos encerrados en el verde paraíso de la soledad y el silencio.

Cuánta soledad junta.

Cuánta soledad junta.

Cuánta soledad junta.

Deja que mi cuerpo abandone el río, que los indicios de mi cuerpo permitan decir mi nombre, no me lleves contigo al lugar de los innombrables, no me dejes con el rostro dentro del barro, ni dejes que mi mujer se quede en el marco de la puerta esperando mi retorno. No le… no le marchites lo que le queda de juventud… esperándome. Déjala continuar, a ella también. (*Al lado de la sombra, de repente, Olivia. Ahora ella también lo mira desde la otra orilla, se aprieta con los brazos como si tuviera frío.*)

El silencio se roba las palabras que me quedan.

(*Ambas sombras se van.*) Intento recordar una canción de cuna con la que me pueda quedar dormido, intento contar los años que tengo, hacer un recuento de los recuerdos lindos que viví, pero soy incapaz de saber algo, soy un recipiente vacío que espera en silencio que nuevamente comience la mañana donde de nuevo el tiempo jugará conmigo a que estoy vivo, a que estoy despierto, jugando a que tengo una batalla que librar, una batalla que nunca tuve, porque los hombres nunca libran batallas, las encadenan.

Fin